

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

YO, VENGADOR

Clark Carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

YO, VENGADOR

Colección PUNTO ROJO n.º 786
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 11.824 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1977

© Clark Carrados - 1977

texto

© Alberto Pujolar - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

No soy antropófago, aunque comprendo muy bien a los que se comen a sus semejantes cuando tienen hambre. En estos momentos, yo estoy literalmente muerto de hambre.

Mi situación es desesperada. Algunos de mis antiguos conocidos se tumbarían de risa si me vieran hurgar en los cubos de basura. En esta población, a veces, se encuentran cosas interesantes en los cubos de basura. Ayer mismo, sin ir más lejos, encontré un par de bocadillos, apenas mordisqueados. Señor, qué derrochadoras son algunas gentes. Luego se asombran de que los del Tercer Mundo se quejen...

Uno comprende muy bien a aquellos chicos que se estrellaron con el avión en los Andes y que, para sobrevivir, no tuvieron otro remedio que alimentarse con la carne de sus compañeros muertos. Pero esto no son los Andes, por lo que, a pesar de que el estómago protesta a voz en cuello, me abstendré muy bien de cortarle una tajada al «fiambre» que, inesperadamente, me ha aparecido en el cubo de la basura.

Lo he visto al levantar la tapa. El tipo me mira con los ojos muy abiertos. ¿Son dos o son tres? Dos, claro; el tercer rojo es el causado por el proyectil. Justito entre las cejas. Ha debido de morir sin decir ni pío. Aunque, de todos modos, tuvo que ver el arma, porque tiene en su cara una espantosa expresión de pánico.

Es un hombre joven, aunque no tanto como yo. Su barbilla está partida por la mitad. Alguien le pegó hace tiempo un puñetazo de los buenos; quizá usaba nudillos de acero. Qué más da. Ahora está muerto. Paz a su alma.

Voy a tapar el cubo, pero, de pronto, recuerdo algo. Aunque el tipo está encogido, con las rodillas junto a la mandíbula, puedo hurgar en sus bolsillos. Sí, aquí está su billetera, con toda la documentación. Podrían haberle puesto unos «zapatos de cemento»

para que desapareciese en el fondo del río, pero prefieren que alguien sepa que la ha «diñado». Bueno, a mí ni me va ni me viene... Lo bueno es que tenía ciento veinte dólares y eso me va a servir de mucho.

La billetera es nuevecita, de piel muy buena. Con el propio pañuelo del difunto, que luego me guardo, limpio mis huellas dactilares. A mí que no me metan en líos. Dejo todo, tapo el cubo de basura y, aunque me disgusta, limpio también el asa.

Me largo inmediatamente. Con ciento veinte «pavos» podré comprarme ropa nueva y comer. Sobre todo, comer. Pero ya es muy tarde y Mack Willis, el único que a estas horas podría servirme unos buenos bocadillos, habrá cerrado ya su tugurio. ¿Adónde diablos ir?

De repente, me acuerdo de Bibi *la Gorda*. Ese apodo se lo puso una rival hace años. Bibi estuvo enferma una temporada y se puso como un camión. Luego hizo dieta y adelgazó, pero el apodo se le ha quedado como la marca a fuego en el flanco de una res.

Bibi y yo hace tiempo que somos amigos. Seis meses antes, le partí la cara a un tipo que quería explotarla. Cuando saco mi genio a relucir, tengo muy malas pulgas. Dos semanas más tarde, el fulano vino a buscarme. Antes de que se diera cuenta, tenía un brazo y una pata convertidos en sacacorchos. No ha vuelto a molestar más a la Gorda.

Media hora más tarde, Bibi, con los ojos cargados de sueño, me mira a través de la rendija de la puerta de su casa.

—Jimmy —exclama—. Por todos los diablos...

—Abre —le digo—. Te necesito.

—Si lo que quieres es refocilarte, lárgate.

—Cierra el pico o te llamaré algo que no te gusta. Abre —insisto, a la vez que le enseño dos billetes de a diez—. Tengo «pasta», ¿sabes?

—Milagro —dice ella burlonamente. Quita la cadena y termina de abrir la puerta—. Jimmy Bell, estás hecho un asco.

Le doy los billetes.

—Necesito un baño, pan y tajada, cualquier cosa, ¿entiendes?

—Si no fuese tan débil... ¿Dónde diablos te has metido todo este tiempo, Jimmy?

—Por ahí —contesto evasivamente.

—Ya conoces el camino del baño. Cuando salgas, tendrás

preparado algo de comida.

—Con cerveza.

—Con cerveza.

—Bibi, dame una de tus batas. Puede que me esté corta, pero no quiero volver a ponerme estos andrajos. En cuanto se haga de día, saldrás a comprarme ropa.

—Está bien. Pero, dime, ¿de dónde has sacado el dinero?

—Se lo he quitado a Ed McCoy.

Bibi se pone las manos en sus opulentas caderas. Por debajo de su bata, se adivinan los pechos, grandes, sólidos, excesivos de volumen para mi gusto, aunque otros se agarran allí como un naufrago a la tabla de salvación.

—Jimmy, te llaman el Zorro y, efectivamente, eres muy astuto, pero a mí no conseguirás engañarme. Nadie le saca un centavo a Ed si no es pegándole un tiro antes.

—Es que, verás, ya le habían pegado un tiro. Entre los ojos —puntualizo, mientras me encamino hacia el baño.

Bibi se queda como está, sin habla. Antes de que pueda decir nada, ya estoy despojándome de los harapos que cubren mi cuerpo.

Devoro la comida como un caníbal. Pan, carne fría, dos huevos, mermelada, mantequilla, tres latas de cerveza... Cuando termino, eructo, sin poder evitarlo.

—Cochino —me apostrofa Bibi.

—Lo siento, nena. Ha sido cosa del estómago. Hacía veinticuatro horas que no trabajaba. Dispénsame, te lo ruego.

—Bueno, basta ya. —Bibi está sentada frente a mí, con la bata casi completamente abierta, pero eso no le produce el menor rubor—. Anda, cuéntame lo de Ed.

—Ya lo has oído. Me lo encontré en un callejón que da a la Décima, dentro de un cubo de basura. Tiene una bala en los sesos.

Bibi silba.

—Eso es muy malo —comenta.

—Sobre todo para él. Pero lo más asombroso es que el que le ha sacudido el tiro, quiere que se sepa que ha muerto. De lo contrario, no tendría sentido dejar el «fiambre» dentro de un cubo de basura.

—Eso es lo que yo pienso. A Zack le va a sentar muy mal. Ed era su mano derecha.

—¿Zack Rossiter?

—Sí, el mismo. Se va a poner como un toro furioso.

—Bueno, ya se le pasará. Bibi, he cenado como una fiera.

Ella sonríe.

—Soy una mujer agradecida —contesta—. Y también curiosa.

—Claro.

—Jimmy, llevas un año en la ciudad. En todo ese tiempo, no has dado golpe. Eres joven, fuerte...

—Y guapo —digo, burlón.

—Hablo en serio —protesta ella—. ¿Por qué no te pones a trabajar conmigo?

—¿Contigo?

—Sí, claro. Vamos, no seas orgulloso. Mi negocio marcha bien. Tú le darías más empuje...

—Bibi, no me tientes.

Ella entorna los ojos.

—Te aprecio mucho, Jimmy, aunque, a veces, no comprendo qué diablos haces aquí. Además, eres culto... En ocasiones, pienso que no eres lo que aparentas.

—Tienes razón. Estoy llevando una doble vida. Busco a una persona —admito.

—¿La conozco?

—Si la conocieras, haría tiempo ya que la habría encontrado.

—¿Por qué la buscas, Jimmy?

—Para rebanarle el pescuezo.

Bibi salta en su asiento.

—¡Jimmy! ¡No digas estupideces! —grita.

—No alces tanto la voz o los vecinos van a creer que somos un matrimonio en luna de miel —digo, irónico—. Bueno, quizá no le corte el cuello; la sangre me horripila, pero si se lo retorceré.

—¿Puedo saber los motivos?

—Puedes. El tipo arruinó a mi padre. Le dejó con los bolsillos del revés. Mi padre, a los seis meses, murió de un ataque al corazón, porque no lo pudo soportar.

Bibi ríe desafortadamente.

—¡Qué historia tan conmovedora!

—Estoy diciéndote la verdad, Gorda.

—¡No me llames eso, Jimmy!

—Entonces, no te burles de mí. Lo que te he dicho es

rigurosamente cierto. Ese tipo está aquí, aunque debe de vivir con otro nombre.

—Oye, tú llevas en la ciudad demasiado tiempo para no haberle visto...

—Es que no le conozco personalmente. Estuve fuera de mi casa algunos años. Entonces fue cuando mi padre se lió en el negocio con él. Cuando regresé, ya se había ido todo al diablo. Lo único que pude averiguar es el nombre.

—Dímelo, Jimmy. Quizá yo pueda ayudarte.

—Orville, Stan Orville.

Bibi cierra los ojos un instante. Luego los abre y mueve la cabeza.

—No me suena —dice.

—Me lo figuraba. —Estiro los brazos y bostezo—. Me muero de sueño.

—¿Estás muy cansado, Jimmy?

Miro a Bibi. La pregunta tiene lo suyo.

—Sí, estoy cansado —respondo.

Ella suspira.

—Bueno, no quiero presionarte —dice—. Ven, te enseñaré tu cuarto.

—Gracias, ya conozco el camino. Bibi, en esos andrajos encontrarás cien «pavos». Ten la ropa preparada para cuando me despierte.

—O. K...

Me echo en la cama y estiro las piernas. Bibi me ha dado tabaco y fósforos. Fumo un cigarrillo, aunque no lo puedo acabar. El sueño me vence. Dejo el cigarrillo en un cenicero y apago la luz.

Por la mañana, no sé qué hora es todavía, me despiertan voces. Luego oigo el chasquido de una bofetada. Bibi jura y se queja, todo al mismo tiempo.

Desnudo como Adán, salto de la cama. Se oyen más voces y quejidos de Bibi. ¿Quién diablos es el cafre que...?

Estoy desarmado y no tengo encima ni siquiera un palillo de dientes. Pero, de pronto, me fijo en una silla de madera. Es ya vieja, de modo que no me resulta difícil arrancarle una pata.

—Está aquí, lo sabemos —grita un energúmeno.

—Es muy amigo tuyo. Ha tenido que venir a parar a tu casa —

dice otro de los cafres.

Entonces me asomo a la puerta de la sala.

Bibi está en el suelo, con las faldas en la cintura. El lado izquierdo de su cara está rojo. Frente a ella, dos tipos de pésimo aspecto, me miran y se echan a reír.

—Míralo, practicando el desnudismo —dice uno.

—¿Solo o con la Gorda? —pregunta el otro.

Yo me mantengo impertérrito, por supuesto, con las manos a la espalda.

—Bibi, ¿los conoces? —inquiero.

Ella suelta un taco.

—Clud White y Puckoo Manton, ambos unos perfectos hijos de perra —contesta, sin pelos en la lengua.

Manton es el que está más cercano y le arrea una patada en el costado. Ella se retuerce y jura como un camionero.

—Tranquila, nena, enseguida ajustaré las cuentas a estos caballeros —le digo—. Parece que me andan buscando. ¿Puedo saber por qué? —les pregunto a los cafres.

—Usted encontró anoche a Ed McCoy y le quitó algo de la billetera. Démelo —pide White.

—No sé de quién me están hablando, no encontré nada y, aunque fuese cierto, tampoco se lo daría —respondo fríamente.

Manton y su compinche cambian una mirada.

—Tendremos que arrearle —dice el primero.

—Vamos, Puckoo —añade White.

Los cafres cargan contra mí. Entonces, empiezo a mover la estaca.

El primero que recibe es Manton, en medio de la nariz. Chilla como un cerdo degollado, y vuelve a chillar cuando le machaco la oreja. White trata de rodearme, pero me revuelvo y le doy primero en la garganta, luego en los labios y, finalmente remato la tarea con un estacazo en la entrepierna.

Bibi se ha puesto en pie y procura ajustarse la falda.

—Eres un ciclón, Jimmy —exclama, admirada.

Manton trata de reaccionar. Un nuevo garrotazo, ahora en la frente, lo tira patas arriba. White, arrodillado, murmura palabras ininteligibles, con las manos entre los muslos.

Con la mano izquierda, agarro a Manton por los pelos y le doy

un par de sacudidas.

—¿Qué se supone que debía haberme llevado del fiambre de Ed?
—le pregunto.

—La billetera —jadea el fulano.

—¿Había algo importante?

—Eso ya no lo sé...

—¿Quién lo sabe?

—Bronstone —dice Bibi.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Seguro?

—Seguro. Trabajan para él, Jimmy.

Muevo la cabeza, asintiendo. Luego, a palos, expulso a los dos gorilas. Bibi y yo nos quedamos solos.

CAPÍTULO II

—Me sorprendieron cuando hacía cinco minutos escasamente que acababa de llegar a casa —explica la Gorda—. Me di cuenta de que seguías durmiendo y por eso no quise despertarte. Entonces, llamaron ellos.

—Y empezó la danza —sonríó. Ya me he puesto la bata—. ¿Hay café, Bibi?

—Claro.

Ella camina hacia la cocina, moviendo sus pomposas caderas. Yo la arreo un pellizco ahí que la hace dar un salto.

—¡Bestia! —Me apostrofa.

—Lo siento, se me fue la mano.

—Todos los hombres dicen lo mismo —gruñe, mientras pone la cafetera al fuego—. Jimmy, ¿qué interés puede tener la billetera de Ed para Bronstone?

—No lo sé. Puede que se lo pregunte a la tarde. Pero, sin duda, esos tipos estaban vigilando el callejón donde estaba el cuerpo de Ed. No sé. Quizá llegaron tarde o puede que esperasen a otro... Pero no se podían suponer que iban a ver a un tipo muerto de hambre, hurgando en los cubos de basura.

—Podían haberte seguido, ¿no?

—Acaso tuvieron que largarse. Tengo la sensación de haber visto a lo lejos las luces de un coche de patrulla. Si eso es cierto, ellos pensaron que lo mejor era esfumarse.

—Es posible —admite Bibi. Llena una taza y me la entrega—. Ya te he traído la ropa. Barata, porque cien dólares no dan mucho de sí hoy día.

—A quién se lo vas a decir —contesto, irónico. Tomo el café y le hago una pregunta—: Bibi, ¿cómo te depilas los sobacos?

Ella da un respingo.

—¡Indiscreto!

—¿Usas cuchillas de afeitar?

—Claro...

—Gracias, es todo lo que quería saber. Voy a afeitarme.

Media hora más tarde, salgo del cuarto de baño, convertido en otra persona. Bibi me contempla admirada.

—Pareces Kirk Douglas, pero en sus buenos tiempos —dice.

—Mi nariz tiene mejor perfil —contesto, echándome a reír—. Pero gracias por el elogio.

De pronto, Bibi me rodea la cintura con sus brazos. Los senos, vastos, mantecosos, se aplastan contra mi pecho. Sus ojos tienen la humedad de los de una vaca de establo.

—Jimmy, si tú quisieras... —suspira largamente.

—Preciosa, tu negocio es rentable y no te reprocharé que lo lleves adelante, pero no trates de convertirme en tu socio. Me fastidia mucho darte este disgusto... pero tú me comprendes, ¿verdad?

—Demasiado —murmura. Me besa fuerte y rápidamente y rompe el contacto—. De todas formas, la oferta sigue en pie, Jimmy.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Momentos después, estoy en la calle. Respiro aliviado, ya soy otro hombre. Aunque claro, si estuviese hecho de distinta madera, habría aceptado sin más la oferta de la Gorda. Pero no me gusta su «agencia matrimonial». En realidad, lo único que hace es contratar chicas con buen tipo, para fulanos con ganas de jarana. El papel de alcahuete no me va, aunque se gane dinero, como Bibi.

Compro un periódico, para enterarme de las noticias. Al meter la mano en el bolsillo, me encuentro el rollo de billetes. Simpática Bibi, no solo me ha dado cama y comida, sino que me ha comprado también la ropa, dejándome íntegro el dinero que hallé en la billetera de Ed McCoy.

Por cierto, ¿qué interés podía tener Lear Bronstone en McCoy?

Puede que se lo pregunte a la noche.

Al atardecer me acerco al Sandy's. Es un tugurio, pese a que esté bien decorado. Bronstone es su dueño. Seguramente, estará en la sala de billares, dándole a los tacos.

Cuando voy a entrar, oigo unos gritos sofocados.

Me vuelvo. A cuatro pasos de distancia, en la esquina del

callejón, un hombre y una mujer forcejean violentamente.

El hombre quiere quitarle el bolso. Ella, naturalmente, se resiste.

Es joven y tiene una figura preciosa. Corro hacia allí. El ladrón me ve llegar, la suelta y da un paso atrás, a la vez que saca una matraca.

Levanta la mano. Paro el golpe con la izquierda. Luego retuerzo su muñeca. La porra pasa a mi poder y le atizo en el cuello, bajo la oreja izquierda. El caco se tambalea. Le hago girar un poco y luego, de un tremendo puntapié en las posaderas, lo disparo hacia la oscuridad del callejón. Cuando se va a levantar, le arrojo la porra con todas mis fuerzas y le alcanza en medio de la frente. Cae de espaldas y se queda quieto.

Me vuelvo hacia la chica y sonrío.

—Esta ciudad es una selva —digo.

Ella inspira fuertemente.

—Gracias, señor...

—Jimmy, dígame solamente Jimmy.

—Está bien. Yo soy Susan Orville, pero puede llamarme Susie.

Me quedo parado un instante: ¿La hija de Stan Orville? No sabía que tuviese una hija, aunque también es cierto que no conocía detalles de su vida privada.

—Muy bien, Susie. ¿Puedo acompañarla a alguna parte?

—Gracias, tengo el coche ahí cerca. —Ella me tiende la mano—. Encantada, Jimmy.

—Adiós, Susie.

La chica entra en el coche. Nuevo, flamante, aunque no de uno de los modelos más caros. Da el contacto, agita la mano y arranca.

Cierro los ojos un instante. Pelo castaño, silueta de Venus, me parece que los ojos son azules, unos veintitrés años... Así es Susie Orville.

Es una lástima que tenga que zurrarle a su padre, me digo, mientras empujo la puerta del Sandy's.

Cruzo la sala. Cuando llego al departamento de billares, veo a Bronstone inclinado sobre una mesa, con el taco en las manos. Agarro una bola y se la tiro a los nudillos de la mano derecha. Bronstone dice algo de mi madre. Yo le doy en los morros con el antebrazo izquierdo.

El tipo se tambalea. Agita el taco. Se lo quito, lo parto en dos,

sobre mi rodilla izquierda y luego le amenazo con el trozo más grueso.

—No tengo nada de lo que llevaba encima Ed McCoy —digo, mintiendo en parte—. Pero ¿qué diablos es lo que llevaba?

—Cosas —responde Bronstone, evasivo.

Levanto el medio taco.

—Si no hablas...

—Está bien. Era un papel. Una inscripción en un registro de la Propiedad. Bueno, los datos del libro, eso es todo.

—¿Y no estaba en su billetera?

—No. Si lo hubiésemos encontrado, Clud y Puckoo no habrían ido a verte.

—Ya. Lear, tú no eres un tipo situado demasiado alto. ¿Quién está por encima de ti?

—¿Qué diablos te importa eso?

—Está bien, está bien, no te enfades. ¿Sabes quién «apioló» a Ed?

—Tengo una idea, pero no estoy seguro.

—Bueno, suéltalo.

—Quizá alguno de los gorilas de Rossiter.

—Oh. Pero ¿no trabajaba Ed para Rossiter?

Bronstone hace un gesto con la cabeza.

—No sé, pero me parece que las cosas no le van demasiado bien. Hay disensiones entre los suyos. Posiblemente, Ed era de los fieles y alguien lo quitó de en medio, como una especie de advertencia.

—Sí, pudiera ser. De todos modos, Lear, ¿cuál era tu interés en ese papel?

—Encontrarlo y entregarlo, pero no te lo diré, por mucho que te empeñes.

Le miro durante unos instantes. No, Bronstone no hablará y no por terco, sino por miedo. Bueno, no tengo demasiada prisa. Volveré otro día.

—Voy al lavabo —anuncio. Pero, por si acaso, me llevo el taco roto; ese condenado sería capaz de atacarme a traición, para desquitarse de los mandobles que le he arreado.

Cuando termino en el lavabo, me dispongo a salir. La puerta da a la sala de billares y está en el extremo más cercano a la puerta de acceso. Entonces veo que Bronstone no está solo.

El hombre suda a chorros. Delante de él hay un tipo de cara pálida y ojos hundidos, con el ala del sombrero encima mismo de las cejas. El sujeto tiene en la mano un revólver con silenciador.

Es un asesino profesional. Salta a la vista, pero no puedo hacer ya nada, porque apenas he empezado a abrir, el tipo tira del gatillo.

Bronstone se tambalea. El asesino dispara otra vez y el dueño del Sandy's se desploma. Entonces, yo le ataco por detrás y golpeo su nuca con el taco roto.

Otro cuerpo al suelo. Saco un pañuelo, limpio bien el pedazo de taco, limpio el otro trozo y salgo al bar.

—¿Ha hablado con el jefe? —me pregunta el *barman* que, *evidentemente, no se ha enterado de nada*.

—Sí, pero ha venido un amigo suyo...

—Es Hank Downen. Mal tipo, Jimmy; no te metas con él nunca.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

—¿Quieres un trago?

—No tengo sed. Adiós, Bill.

Abandono el Sandy's. Menuda sorpresa se llevará Bill cuando entre en la sala de billares y vea los dos cuerpos tendidos en el suelo. Porque no cabe duda de que Downen va a dormir un buen rato.

Quizá los descubran otros, pienso. Pero si Downen, como supongo, es un matón profesional, esta vez se va a ver metido en un buen lío.

Es todavía muy pronto, pero pienso que debo comer algo. Entro en un restaurante y pido la carta. Mientras ceno, hago trabajar la mente.

¿Será cierto que me he tropezado con la propia hija de Orville?

Después de cenar, se me ocurre una idea. Consulto la guía telefónica. Casi lanzo un alarido de alegría. Sí, allí está: S. Orville, 2016, Wright Street, apartamento 9 C.

«Mañana volveremos a vernos, Susie», digo para mis adentros.

He dormido en un hotel barato. Después de vestirme, salgo a la calle y tomo un café y un par de roscos. Compró tabaco y fósforos y luego el diario de la mañana. Sí, allí está la noticia de la muerte de Bronstone, junto con el arresto de su asesino.

Bill, el *barman*, no me ha mencionado. Dice que no sabe nada.

Buen chico. Le envío mi gratitud mental.

El periodista especula con las muertes de Bronstone y de McCoy. Trata de establecer la posible relación entre ambos sucesos, pero no pasa de suponer una posible guerra entre bandas. A Rossiter no lo menciona en absoluto.

Sigo mi camino. Poco más tarde, estoy en la calle Wright.

Busco el 2016. Entro, es un edificio elegante, pero sin lujos excesivos. Clase media acomodada. Sí, es la impresión que me dio Susie, a juzgar por sus ropas.

Llamo a la puerta del apartamento C 18. A los pocos momentos, abre Susie en persona.

—¡Jimmy! —exclama.

—Hola —sonríó—. ¿Puedo pasar?

Susie se muerde los labios.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunta.

—Hablar de su padre.

—¿Lo conoce?

—No, pero a usted tal vez le suene mi apellido: Bell.

—No me suena en absoluto —dice Susie, muy sería, sin decidirse a abrir todavía.

—Vaya, yo creí que la hija de Stan Orville...

—Pero ¿qué está diciendo? Stan era mi tío, Jimmy.

Me quedo de una pieza, con la boca abierta.

—Su... tío —repito.

—Sí. —Susie hace un gesto de resignación y quita la cadena de seguridad—. Entre y explíquese, Jimmy.

—Gracias.

Ella se anuda más fuerte el cordón de la bata.

—¿Café? —sugiere.

—Muy bien.

Susie se marcha. El apartamento está muy bien decorado. Es una chica con gusto.

Me pregunto en qué puede trabajar. Trato de deducirlo. Al fondo, en un rincón apartado, junto a un ventanal, veo una mesa, con una máquina de escribir y papeles. Es un bonito lugar para trabajar, porque la sala, muy grande, está dividida en dos planos. El más alto, protegido en parte por una barandilla de hierro forjado, pintada en blanco y oro, está a poco más de un metro del otro, que

es el que corresponde a la entrada.

Hay también una bonita barra, un enorme diván, en color púrpura, una mesa de cristal negro, que parece suspendida en el aire, y un par de butacones independientes, junto a una chimenea que supongo de adorno. El resto de la decoración, lámparas aparte, bien distribuidas, lo componen algunos cuadros de estilo muy moderno, aunque no detonantes.

Susie viene poco más tarde. Ha cambiado su bata por una blusa blanca, de cuello cerrado, con mangas largas y encajes en la pechera, y una falda negra, muy ajustada a las finas caderas. Pienso que me gustaría verla en traje de baño; debe de tener la silueta de una diosa.

Ahora veo bien los ojos: son muy azules. El cabello castaño, recogido en un discreto moño, tiene, a veces, reflejos dorados. La piel es suave, aterciopelada, melocotón puro. Una chica que no es más que un sueño para un ganapán como yo.

—¿Y bien? —dice Susie, mientras inclina la cafetera sobre mi taza.

—Le voy a ser franco: vine dispuesto a retorcerle el cuello a Stan Orville —declaro sin rodeos.

CAPÍTULO III

Susie sonrío deliciosamente.

—Está de broma, Jimmy —contesta.

—Hablo en serio. Stan arruinó por completo a mi padre. Yo tenía algunos ahorros y tuve que consumirlos en sus últimas facturas de hospital. Le engañó de un modo que da náuseas.

—Jimmy, no le creo.

—¡Hablo en serio, Susie!

—Aguarde un momento —pide ella—. Quiero decir que creo posible que mi tío Stan arruinase a su padre. En cambio, no creo que usted quisiera asesinarlo.

—Vaya, ¿y por qué no? Puede que fuese pariente suyo, pero resultó ser un granuja de marca.

—En todo caso, los hombres ya no pueden castigar sus trapacerías.

Me quedo de una pieza, porque he comprendido.

—La ha «diñado» —exclamo.

—Jimmy, por favor, modere su lenguaje. Sí, murió hace seis meses, más o menos, y también a nosotros nos hizo más de una estafa. La última, su testamento.

—¿Testamento?

—Lo tengo por ahí. Ni siquiera he querido comprobar lo que dice. Soy heredera de todas las acciones de la OPC.

—¿Qué quiere decir eso, Susie?

—Orville Petroleum Company. ¿Se imagina a mi tío dirigiendo una compañía petrolífera?

—A su tío, que en paz descanse, y buena falta le hará, me lo imagino haciendo de todo —digo de mal humor—. Susie, ¿qué es usted?

—Escritora.

—¡Oh! Le va bien, supongo.

—No puedo quejarme —sonríe ella.

—¿Qué escribe?

—Cuentos infantiles.

—Ah, ya, Andersen, los hermanos Grimm y demás. —Termino el café y me pongo en pie—. Susie, dispense las molestias que le he causado.

—En absoluto. —Ella me mira con ojos claros y limpios—. Usted es buena persona. Venga a verme cuando quiera, Jimmy.

Cuando me dispongo a salir, pienso que debo aclarar una duda.

—Susie, usted lleva poco tiempo aquí —digo.

—¿Por qué lo dice, Jimmy?

—El teléfono. Nunca se me ocurrió consultar la guía, porque suponía que su tío debía de usar un nombre falso...

—Usaba el suyo, pero el teléfono estaba a nombre de la OPC. Y en su caso, no quería tener lo que él llamaba un molesto invento.

—Sí, muy molesto, porque los acreedores no debían dejarle vivir en paz. Adiós, Susie.

—Adiós, Jimmy.

Salgo a la calle. He perdido el tiempo, me digo.

—Bueno, quizá no; he conocido a una chica realmente encantadora —murmuro.

De pronto, oigo una voz:

—He conocido a gente que sueña en voz alta, pero nunca había visto a uno que lo hiciese a las once de la mañana en plena calle. ¿Padeces sonambulismo, Jimmy Bell?

Me vuelvo al oír aquellas palabras, pronunciadas por una mujer. Tardo algunos segundos en reconocerla.

Ella debe de andar por los treinta años, pero tiene una figura espléndida. El pelo es muy rubio y viste de un modo que, en cualquier instante, parece que el vestido va a estallar, sobre todo, más arriba de la cintura. En los ojos de esa mujer hay el mismo fuego de hace cinco años, cuando la conocí por primera vez.

Me tiende su mano enguantada en negro.

—Jimmy, eres la última persona a quien hubiera sospechado ver en esta ciudad —asegura.

—Lo mismo digo, Nita Smith...

—Ahora soy Cole, por mi matrimonio —puntualiza ella.

—Ah, te has casado. Felicidades. Tu marido es el hombre más

dichoso del planeta —digo mirando fijamente a su escote que, si mesurado, no puede disimular en modo alguno lo que hay debajo y que, en tiempos, motivaron un apodo completamente justificado: la Ariete.

Nita sonríe maliciosamente.

—Levanta un poco la vista, Jimmy —dice—. ¿Cuándo vienes a verme?

—¿Y tu marido?

—No te preocupes de él. Ven a la tarde, te lo ruego. —Nita me estudia detenidamente—. Necesitas dinero.

—Sí —admito sin pestañear.

—Quizá yo pueda hacerte ganar un par de miles. A las seis de la tarde, Sunset Road, dos mil novecientos once.

—¡Caray, eso está en la zona cara de la ciudad, Nita!

—Sí, Jimmy. —Vuelve a darme la mano—. Sé puntual —recomienda.

—No faltaré, te lo prometo.

Nita se aleja envuelta en una nube de perfume que marea. Me pregunto quién debe de ser el tipo llamado Cole que le ha dado su apellido. Un fulano con «pasta», seguro; Nita fue siempre cara, en todos los sentidos.

Sigo mi camino. Media hora más tarde, entro en un bar conocido y pido una cerveza. Sentado junto a la barra, hay un tipo de cara zorruna.

—Una cerveza —pido al *barman*—. *Y otra para el amigo Pete.*

—Hola, Jimmy —dice Pete Crane, alias el Radar. Detecta cualquier información a mil millas de distancia, pero cobra caro sus informes—. Para empezar, suelta cincuenta «pavos». La cerveza, por mi cuenta.

—Estoy pobre, Pete. Yo pagaré la cerveza y sabes de sobra que no tengo ese dinero.

Claro que tengo en mi bolsillo unos cien dólares, pero no voy a gastar la mitad por algo que, quizá, no me sirva para nada. El Radar es como ciertos abogados: cobran la consulta por adelantado.

—Entonces, lo siento por ti: tengo una buena información y pensé...

—No pienses nada, porque no dispongo de esa suma. Pete.

Bebo la cerveza pensativamente. Cuando termino, pago la

cuenta y me dispongo a marcharme.

—Adiós, Pete.

Echo a andar hacia la salida. De pronto, siento que me tironean de la manga.

—Aguarda, hombre —dice el Radar—. Tú me has caído siempre simpático. Eres un tipo honrado y no como otros que andan por ahí, que serían capaces de vender a su madre por cincuenta centavos.

—Gracias por esa magnífica opinión, Pete —respondo, sin dejar de andar.

—Hablo en serio. Hace tiempo, tú me preguntaste por un tal Orville.

—Ya sé dónde está, Pete.

—No me digas.

—En estos momentos, goza de la paz del Señor. O Satanás se divierte con él.

—¿Te lo has «cargado»? —Se asusta Pete, puesto que conocía mis intenciones.

—No. Murió hace seis meses.

—Menudo peso me quitas de encima. Bueno, Jimmy, el asunto es un yacimiento de petróleo...

—¡Ja, ja! —digo, muy serio, ya en medio de la acera.

—Esto no es cosa de broma. Yo sé dónde está, quién es su dueño, quien lo quiere para él y...

De pronto, con el rabillo del ojo, me doy cuenta de que un coche rueda muy lentamente, junto a la acera. Por la ventanilla posterior asoma el cañón de un arma.

—¡Cuidado, Pete! —chillo, a la vez que me tiro al suelo y empiezo a dar más vueltas que un trompo.

Para Pete, el aviso llega tarde. El arma escupe media docena de disparos. Pete se pone a bailar y no de alegría. Los plomos le hacen dar unos saltos grotescos. Al fin, se desploma de bruces, mientras el conductor del coche acelera con tremendo rugido.

Entonces, yo me incorporo un poco. Pete yace boca abajo, con la frente fuera del bordillo de la acera. Un chorrito de sangre cae sobre la calzada y se desliza hasta el próximo imbornal. La confusión, en la calle, es tremenda.

A lo lejos se oye la sirena de un coche policial. Yo me levanto y empiezo a darle a las piernas. Lo que menos tengo son ganas de que

un polizonte me siente frente a un foco y me tenga así horas y horas, sin dejar de hacerme preguntas.

Ha sido una lástima. Pete parecía haberse ablandado y me iba a decir algo de un yacimiento de petróleo. Es curioso, Susie Orville también había mencionado una cosa parecida aquella misma mañana. Y Pete me había hablado de su tío... ¿Dónde diablos está la verdad?

La verdad, pienso, está en que debe de ser un asunto muy importante o no se habrían producido tres asesinatos en otros tantos días. Los periódicos van a echar humo cuando empiecen a comentar el asunto.

La casa está decorada como para una película musical de altos vuelos. Cuando Nita Cole desciende por la escalera que conduce al piso superior, me sorprende no verla bajar cantando una romanza de enamorada o algo por el estilo.

La doncella que me ha recibido, discreta, se ha marchado. Nita viene hacia mí, envuelta en un centenar de metros de tul rojo fuego. Ella tiene la silueta lo suficientemente bien armada como para no llevar más ropas debajo.

—Eres puntual —dice, mientras me tiende las dos manos.

—¿Cómo no? —sonríó—. He pensado mucho en ti... aunque ahora tienes dueño legal.

—Mi dueña soy yo misma, Jimmy. Ven y tomaremos una copa.

Ella me indica un diván tan grande como un transatlántico. Luego viene con las copas en las manos y se sienta a mi lado.

—¿Qué haces ahora, Jimmy? —pregunta, después del primer sorbo.

—Nada —le contesto.

—Estás sin trabajo.

—Sí.

—Puedo hacer que te ganes dos mil dólares.

—Me vendrían muy bien, en efecto. Pero supongo que no se trata de asesinar a tu marido.

—¡Oh, qué cosas tienes! —Nita se echa a reír—. Siento un respeto imponente por las vidas humanas. Por cierto, hoy se ha cometido un crimen en plena calle.

—Algo he oído al respecto —admito, cauteloso—. No sé nada, Nita.

—Creí que... Bueno, no importa. Es un asunto de millones, Jimmy.

Muevo el brazo en semicírculo.

—¿Todavía quieres más «pasta»? —pregunto.

—Nunca se tiene bastante dinero —contesta ella desenfadadamente, a la vez que me dirige una cálida mirada.

—Entonces, dos mil es muy poco, si se trata de un asunto de millones.

—Ese dinero es para los primeros gastos. La recompensa, si consigues lo que deseo, podría ascender a cien mil.

Salto en el asiento.

—¡Nita!

—He dicho cien mil —repite ella, sin pestañear.

—Bien, pero ¿de qué se trata?

—Hace tiempo, un tal Orville nos pidió dinero, a mi esposo y a mí, por supuesto, para unas prospecciones petrolíferas en un lugar en el que dijo había grandes probabilidades de éxito. Para ello nos mostró los resultados de los análisis hechos por los expertos. Mi marido los llevó a gente de su confianza, quienes ratificaron la veracidad de aquellos documentos. Entonces, le hicimos un préstamo de veinte mil, a cambio de una determinada cantidad de acciones en la compañía. Orville recibió el dinero y se olvidó de las perforaciones.

—Un sinvergüenza, vamos.

—Un hijo de... —Nita se muerde los labios—. Bueno, no quiero pronunciar palabrotas, porque la verdad es que, cada vez que pienso en ello, me pongo frenética.

—Te comprendo. Y, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Orville ha muerto y quiero que encuentres los títulos de propiedad de las tierras que compró, en dónde está el yacimiento de petróleo. Ahora mismo te daré dos mil. Cuando tenga esos títulos, recibirás los cien mil, Jimmy.

Nita habla muy en serio. No parece haber la menor exageración en sus palabras. Cien mil dólares me permitirían... Prefiero no pensar en ello, porque soñar no es bueno.

CAPÍTULO IV

He callado unos segundos y Nita se impacienta.

—Jimmy, ¿no me dices nada?

—Hay algo que me intriga —declaro.

—¿Sí?

—Supongamos que encuentro esos títulos. Estarán, sin duda, a nombre de Orville.

—Claro.

—Pero con esos títulos no puedes reclamar...

—Orville firmó documentos sobre el préstamo, que nos permitirán una reclamación judicial. Ahora no la podemos hacer porque, sencillamente, no tenemos constancia oficial de que él fuese dueño de unos terrenos.

—Ah, ya comprendo. Pero para eso podrías haber empleado a un detective profesional.

—Quiero que el asunto sea lo más discreto posible, Jimmy. Y tú, cuando conviene, sabes ser discreto.

—Gracias.

—De nada, es la pura verdad.

Nita se levanta, va a la barra y vuelve con un sobre en las manos.

—Los dos mil dólares. Cuéntalos —indica.

Guardo el sobre en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Me fio de ti, Nita —respondo.

Ella, en pie, me mira de una forma singular. Puesto que ya ha anochecido, hay un par de lámparas encendidas. Está delante de una de ellas, de modo que su silueta se recorta claramente al trasluz. Es una silueta con muchos, muchísimos atractivos.

Alargo una mano. Ella me entrega la suya. Tiro hacia mí y Nita cae encima. Busco sus labios. Son ardientes. Nita jadea, murmura palabras inconexas. La estrecho con fuerza en mis brazos. Tiene una

boca de fuego.

De pronto, oigo pasos.

Vuelvo un poco la cabeza. Un hombre atraviesa la sala.

—¡Hola! —dice, tan tranquilo.

—Nita, ¿quién es? —pregunto.

—Mi marido —responde ella.

—Sigan, sigan —dice el señor Cole amablemente. Cruza la sala y desaparece por el lado opuesto.

Yo abandono el diván.

—Nita, esto no me gusta —digo, de mal talante.

—¿Por qué no? Mark es un sujeto muy comprensivo, Jimmy.

—No me gustan los tipos con tantas tragaderas. Yo no digo que empezase a tiros con mi mujer, si supiera que me engañaba con otro, pero, vamos, verla como nos ha visto a nosotros y decir que sigamos, supera a todo lo que soy capaz de soportar.

—El marido no eres tú —ríe Nita.

—Por fortuna.

Echo a andar hacia la puerta. Ella me sigue, pero, de repente, se da cuenta de que los tules se quedan atrás y retrocede para envolver el cuerpo opulento, mientras maldice a media voz. Por fin me alcanza.

—Jimmy, a pesar de todo, lo harás.

—Claro —contesto—. Los negocios son los negocios. —Golpeo con la mano el sitio donde guardo el sobre con el dinero—. Has hecho una buena inversión, te lo aseguro.

—Jimmy, tenemos que vernos de nuevo —dice, insinuante.

—Por supuesto.

Salgo de la casa y respiro a fondo el aire fresco de la noche. No acaba de entrarme en la cabeza que Mark Cole sea tan complaciente. ¿No habrá desempeñado una comedia?

Pero los dos mil dólares son auténticos. Claro que ello no significa que Nita vaya a darme los cien mil prometidos.

En este asunto hay muchas cosas turbias y es preciso moverse con pies de plomo. Tengo la completa seguridad de que las muertes de McCoy, Bronstone y Pete *el Radar* están relacionadas con la OPC.

Tal como está hoy día el asunto del petróleo, poseer unos terrenos en los que se supone puede haber un enorme yacimiento

de «oro negro», es más que suficiente para hacer correr la sangre a ríos.

Por lo que habré de procurar que la mía siga en las venas, sin derramarse ni una sola gota.

Con los dos mil dólares me he comprado un equipo de ropa nueva y he tomado un apartamento en alquiler. Es discreto y tiene de todo. Estaré así mucho mejor que alojándome en hoteles de mala muerte.

Lo primero que he hecho, una vez alquilado el apartamento, ha sido conquistarme a los conserjes del edificio, dicho sea en el mejor de los sentidos. Cincuenta dólares servirán para que me tengan informado de cualquier cosa que pueda suceder y, además, para que sean absolutamente discretos con relación a mi persona.

Una vez instalado, voy al edificio dónde está el Consejo Municipal. Un guardia me atiende y me indica dónde puedo encontrar el Registro. En la oficina correspondiente me atiende una mujer de pelo negro, estirado, brillante, gafas de concha y expresión de hielo.

—Lo siento —dice, después de haber escuchado mi petición—. No puedo acceder a lo que me pide.

—Me gustaría conocer los motivos, si no hay inconveniente.

—No, no lo hay. Usted no es abogado ni está inscrito en el colegio ni tampoco es propietario. La información de mi departamento es reservada.

Miro fijamente a la empleada. Es joven todavía, unos treinta y cinco años, con un tipo que podría mejorar, si usará otras ropas y se pusiera lentillas en lugar de esas horribles gafas. Pero tiene unas orejas muy bonitas y los labios, pese a su frialdad, ofrecen un encanto especial.

—Me llamo Jimmy Bell —sonrío.

—Perla Star —dice ella.

—Encantado, señorita...

—Señora, señor Bell.

—En este mundo hay un hombre muy afortunado: el señor Star.

—El señor Star pensaba de un modo muy distinto y se divorció hace cuatro años.

—Hay gente que merecería un pesebre en lugar de una mesa, a la hora de comer. Por cierto, me gustaría invitarla a cenar, señora.

Perla me mira fijamente.

—¿Qué intenciones tiene usted, señor Bell?

—Cuando estoy delante de una mujer hermosa, me siento caníbal.

Ella rompe a reír.

—Prefiero invitarle yo —contesta. Alarga su mano, cita una dirección y concluye—: A las siete y media en punto, señor Bell.

—Jimmy —indico.

Los ojos de Perla chispean tras las gafas. Suelto su mano y salgo a la calle.

Debo de tener algo especial con las mujeres. Pero no soy vano, presuntuoso ni engreído. Es... soy así, simplemente.

Acaso es que Perla es una mujer solitaria y siente deseos de un poco de afecto. Bueno, veremos lo que pasa después de la cena.

Cuando salgo del edificio, busco una cabina telefónica.

—Soy Jimmy —digo.

—Hola —contesta Susie.

—Tengo noticias para usted, aunque quizá mañana pueda decirle algo más. Usted me habló de un testamento.

—Sí.

—Guárdelo. Quizá tío Stan no era tan embustero como creíamos.

—Jimmy, por favor...

—Hablo en serio. Usted podría acabar nadando literalmente en oro.

—Me cuesta mucho creerlo —dice Susie.

—También a mí, pero, a lo que parece, su tío encontró algo que vale millones.

—A ver si va a ser cierto que el rancho...

—¿Qué rancho? —pregunto.

—Hace algunos años, compró un rancho con cuatro vacas viejas. Naturalmente, vendió las reses. Dijo que quería sembrar heno, pero ¿quién iba a creer en sus embustes? Tío Stan nació para mentir.

—¿Dónde está el rancho, Susie?

—Oh, no lo sé exactamente, nunca he estado allí. Hacia el norte, me parece...

—¿Menciona el testamento esa propiedad?

—Sí, supongo.

—Muy bien, esconda esos documentos y no se preocupe de más.

Mañana iré a verla.

—De acuerdo, pero, dígame, Jimmy: ¿Cuál es su juego?

—Recuperar algo de lo que perdió mi padre con Stan Orville. Tengo derecho a ello, creo.

—Sí, desde luego. Y si todo lo que me ha dicho es cierto, yo procuraré reparar en lo que pueda lo que hizo mi tío.

—Es usted una mujer encantadora y no lo digo solamente por su físico. Gracias, Susie.

Cuelgo el teléfono. Luego busco un restaurante, me siento ante una mesa y pido la carta.

Mientras me alimento, pienso. Trato de hallar la relación que hay entre todos y cada uno de los sucesos ocurridos en estos últimos días. Cada asesinato, cada incidente, es un eslabón de una cadena que no es de hierro precisamente.

La palabra que lo define todo es muy simple: Petróleo.

Llamo a la puerta. Perla abre y le entrego el monumental ramo de rosas rojas que he comprado para la ocasión.

Ella exhala un grito de alegría.

—¡Mis flores preferidas! Señor Bell, es usted estupendo.

—¿Por qué no me llama Jimmy?

Perla me mira por encima de las flores. No es guapa, bien mirado, pero tiene una cara muy atractiva. Además, se ha quitado esas gafas tan horribles.

—Entre, Jimmy.

Ella viste ahora un traje estampado, de flores blancas, rojas y amarillas, sobre fondo azul fuerte. El vestido está muy ceñido a un cuerpo que tiene mucho que admirar. Y un escote del que separar la vista resulta muy difícil.

La mesa está preparada. Perla ha demostrado ser una magnífica cocinera y se lo digo al terminar la cena.

—Cualquiera puede ser cocinera, abriendo latas —contesta, riendo.

—Eso no es verdad, pero lo creeré.

Perla abre la cigarrera y fumamos.

—De modo que quería examinar cierta inscripción en el Registro de la Propiedad —dice, después de lanzar la primera bocanada de humo.

—Sí, pero no soy abogado, ni policía, ni...

—Ni yo se lo podía decir entonces.

—¿Por qué?

—Antes que usted vino un tipo y me enseñó una pistola y quinientos dólares. Elegí el dinero.

—Creo que comprendo. Si no tomaba la «pasta», el tipo emplearía el arma.

—Eso dijo, Jimmy.

—¿Cómo era? Descríbalo, Perla.

—Alto, como usted más o menos, cuarenta años, bien vestido y hasta simpático. No dijo su nombre.

—Perla, usted tiene mucha retentiva. Trate de recordar algún detalle más —solicito.

Ella se concentra unos instantes. Luego, de pronto, chasquea los dedos.

—Ya está —dice—. La mano derecha.

—¿Qué tenía en la mano, aparte de la pistola?

—Una mancha, como una alteración de la piel. Color marrón, tamaño de una moneda, casi circular.

—Lo tendré en cuenta, gracias. Ahora dígame una cosa.

—Sí, Jimmy.

—¿Por qué?

Es una pregunta muy breve, pero Perla es lista y comprende en el acto.

—No me gusta que nadie me ponga una anilla en la nariz y tire en una dirección hacia la cual yo no quiero ir —contesta.

—Bonita metáfora. Me pregunto cómo sabían que iría a preguntar al Registro.

—Eso es cosa suya, Jimmy. ¿En qué asunto está mezclado?

—Esa inscripción, calculo, se refiere a unos terrenos que rebosan petróleo.

Perla arquea las cejas.

—Stan Orville registró los terrenos como dedicados a la agricultura —dice.

—¿Y quién le impedía después buscar petróleo?

—Eso es cierto. —Perla se levanta, va a una consola, toma un papel, vuelve y me lo entrega—. Es la descripción completa de la propiedad —señala.

Guardo el papel.

—No sé cómo darle las gracias...

Perla se acerca y pone sus manos en mis hombros, a la vez que se inclina mucho. Quiere que fije la vista en su escote, realmente seductor.

—Te diré el modo —murmura.

Alargo los brazos. Perla se sienta en mis rodillas. Mordisqueo su oreja. Ella se estremece.

—No necesitas que nadie te diga...

—Será mejor que calles.

Perla se echa a reír.

—Creo que tienes razón. —Vuelve la cabeza, entreabre los labios y respira hondo. Nuestras bocas se confunden un beso estallante y el vértigo de la pasión nos envuelve. Todo queda lejos, desaparece... Perla y yo no pensamos en nada.

Tres horas más tarde, Perla se sienta ante el tocador y empieza a cepillarse el pelo, negro, como ala de cuervo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta.

—Volveré a mi casa.

—¿Y mañana?

—Tengo que hacer una visita.

—No eres muy comunicativo, Jimmy.

—Este es un asunto muy peligroso. Ya han muerto tres fulanos.

—Oh, comprendo.

—A ti te enseñaron una pistola y quinientos dólares.

—El petróleo... lo ensucia todo.

Me anudo la corbata, inclinado, justo detrás de ella. Nos miramos a través del espejo.

—El petróleo mueve al mundo —digo.

—Y este mundo es un asco —suspira ella.

La beso en el cuello.

—No tanto —contesto, sonriendo.

—Sí, tiene sus momentos agradables. ¿Cuándo volverás a cenar conmigo, Jimmy?

—Te llamaré por teléfono.

—Está bien.

Salgo de la casa de Perla Star. Una mujer muy agradable cuando no adopta el papel de empleada fría y eficiente. Fuera de su oficina, es un volcán.

CAPÍTULO V

Cuando llego a mi casa, cerca de la medianoche, observo parado frente a la puerta un coche grande, de color negro. Un tipo, al volante, parece dormir.

Entro. El conserje, a quien le corresponde el turno de noche, me entrega un sobre.

—Una carta urgente para usted, señor Bell.

—Gracias, Sam.

Me dirijo al ascensor. Entro, pulso el botón correspondiente y rasgo el sobre, que viene sin sello ni dirección. Dentro hay una octavilla con un breve aviso: «Cuidado. Tiene visita. Sam».

Mi apartamento está en el piso décimo. Inmediatamente, presiono el botón del piso noveno. Salgo una planta antes y remato el viaje por la escalera.

Me asomo por la esquina del corredor. Aparentemente, todo está en orden. Como hay un silencio total, piso de puntillas. Llego a la puerta de mi apartamento y taneo el pomo.

El pestillo queda suelto. Entonces, levanto el pie y golpeo.

La puerta gira con tremenda violencia y choca contra el tipo que aguardaba escondido. Oigo un rugido.

Otro fulano salta hacia mí. Agarro su muñeca izquierda y le estrello de revés la mano contra la nariz. El hombre retrocede. Ahora, le envío una patada a la ingle. Cae de espaldas, con los pies por alto.

El otro sale, tambaleándose. Tiene un revólver de cañón corto en la mano. Muevo el brazo izquierdo en abanico. El arma sale disparada. Otra patada a otra ingle. Un sujeto cae de rodillas.

El otro empieza a levantarse. Voy hacia él, le agarro por los pelos y estrello la rodilla contra su boca. Se parten unos labios. Sangra y brama. Repito el golpe.

Segundos más tarde, los dos tipos yacen sin sentido. Escondo las

armas. Luego me sirvo una copa.

Pasan algunos minutos. Uno de los hampones empieza a moverse.

—Hola, Clud —saludo, con la sonrisa en los labios. White se limpia los suyos con un pañuelo.

—Es usted un tornado —se queja.

—No irás a decirme que estabas aquí solo para jugar una partidita de naipes, ¿verdad? ¿Adónde pensabais llevarme con el coche que aguarda abajo?

—Si no va a venir, ¿para qué quiere que se lo diga? Puckoo Manton se sienta también en el suelo.

—Será mejor que nos larguemos Clud —propone.

—Buena idea —apruebo.

—Pero volveremos a vernos, Bell.

—Cuando gustes. Ah, y recuerdos a Rossiter.

White pone cara de asombro.

—¿Rossiter? —repite.

—Eso he dicho.

—No sabemos nada de Rossiter.

—Vamos, vamos, Clud, ¿a quién tratas de engañar? White se pone en pie.

—Hemos dicho la verdad —rezonga.

Será preciso que yo hable con Rossiter. Lo malo es que, quizá o, mejor dicho, casi seguro, no querrá recibirme.

Cortés, acompaño a los dos hampones hasta la puerta del apartamento.

—Hasta la vista —les despido.

Manton contesta con una obscenidad. Le arreo una patada en las posaderas y lo tiro contra la pared de enfrente. Luego cierro y aseguro la puerta.

Guardo los dos revólveres. Quizá un día tenga que utilizar alguno. Luego, cansado, me desvisto, y me voy a la cama.

Menudo lío armó Stan Orville con la compra de su rancho.

Sería cosa de echarle un vistazo, pienso. Pero, por fin, el sueño me invade y logro dormir.

Cuando salgo por la mañana, compro el periódico. Hank Downen, el asesino de Bronstone, será hoy conducido a la oficina del fiscal, a fin de ser interrogado y acusado en debida forma. Su abogado

defensor es Lee K. Morley. Yo me pregunto cómo habrá tipos que pretendan sacar libres a los asesinos de la calaña de Downen.

Consulto el reloj. Tengo tiempo. Me acercaré al Palacio de Justicia. Quizá, escuchando aquí y allá, consiga averiguar algo.

Llego poco antes de las diez. Hay movimiento de gente que va y viene. Se ven algunos guardias uniformados. Periodistas, fotógrafos, cámaras de televisión, curiosos...

Aguardo cerca de la escalinata que conduce a la fachada, que quiere parecer un templo griego clásico. A los pocos minutos, se produce un pequeño alboroto.

Downen baja del coche, escoltado por dos detectives de paisano. Los periodistas se abalanzan sobre ellos. Forcejean los guardias, hay gritos, fogonazos, algunos silbidos... Al fin, los hombres de uniforme logran clarificar un poco la situación.

Downen y sus custodios empiezan a subir la escalinata. Cuando están a punto de llegar arriba, alguien grita al pistolero que se vuelva. Downen obedece, mientras los detectives maldicen.

De súbito, Downen sufre una terrible sacudida. Veo aparecer un sangriento orificio en su pómulo derecho, justo bajo el ojo. El cráneo vuela por los aires, en un horrible estallido de líquido rojo, masa blancuzca y huesos pulverizados.

Se produce una terrible confusión. Dos mujeres chillan frenéticamente. Los guardias no saben qué hacer, con las armas en la mano. Alguien brama pidiendo un médico, sin darse cuenta de que Downen está ya en el infierno.

Uno señala el edificio en construcción que hay frente al Palacio de Justicia. Media docena de guardias y algunos detectives armados corren hacia aquel lugar. El asesino, calculo que piensan, ha tenido que usar fusil de caza, con silenciador.

Pero yo no pienso igual. La bala ha llegado de un nivel inferior, no desde lo alto. A un lado de la multitud alborotada, trato de encontrar al tipo que ha cerrado la boca de Downen.

Al otro lado de la calle hay un pequeño espacio ajardinado, desierto en aquellos momentos. Veo una pequeña glorieta, con un surtidor. Detrás hay un enorme seto.

Caminando sin prisas, doy un rodeo y alcanzo el seto por detrás. Un hombre de mediana edad, con el pelo entrecano, echa a correr, apoyado en parte en un bastón. En la otra mano lleva un estuche de

violín.

Parece un profesor de música, digno y mesurado. Pero no lo es, lo presiento.

Salto hacia él. Me oye y se revuelve. Alza el bastón para golpearme. Yo sé lo quito de un tirón. Luego le sacudo en la frente. Cae de espaldas, con los pies por alto.

El sombrero se le desprende y rueda por el suelo. Agarro el pelo entrecano y tiro. Como suponía, es una peluca.

Abro un poco el estuche de violín. Sí, allí está el rifle, despiezado.

Un policía corre a veinte pasos. Agito la mano, grito.

—Eh, aquí hay un tipo caído —grito.

El policía se acerca. Ve el estuche y el arma y se lleva un silbato a los labios. Más policías empiezan a llegar, como moscas. También curiosos, periodistas, fotógrafos... Aprovecho el barullo y desaparezco.

Alguien maldecirá hoy a voz en cuello, supongo.

Susie abre la puerta y me mira sonriente.

—Trae noticias, supongo —dice.

Tardo algunos segundos en contestar. Estoy embobado, mirándola. Ella aparece encantadora, con una blusita de manga corta y pantalones largos, de peto, color amarillo vivo.

—¿No me dice nada? —pregunta.

—Uh... Oh... Espere, tengo que recuperarme. Estoy ante una visión del paraíso...

—No me han salido las alas todavía —dice, riendo—. Entre, tengo café caliente.

—Magnífico.

Me acerco a la barra y ocupo un taburete. Susie viene poco después y anuncia:

—He guardado el testamento. Pero ¿cree que es importante?

—Empiezo a pensarlo.

—¿Por qué, Jimmy?

—Cuatro hombres han sido asesinados ya.

—Tres —rectifica ella.

—Cuatro. El último acaba de morir. Yo lo he visto.

Susie se pone pálida.

—Es horrible —comenta.

—Por supuesto. —Remuevo el café con la cucharilla—. ¿Qué sabe del rancho de su tío?

—Nada, salvo su situación. Y no estoy segura del todo...

Palpo el bolsillo en el que tengo el papel que me entregó Perla Star.

—Creo que yo sí lo sé —declaro.

—¿Ha estado allí?

—No, pero sabría ir, si tuviese un automóvil.

—Podemos utilizar el mío, Jimmy.

—Muy bien, cuando quiera.

—Aguarde un instante, voy a coger el bolso.

Momentos después, salimos del estacionamiento subterráneo. Susie conduce con pulso firme.

—No puedo hacerme a la idea de que voy a convertirme en millonaria —dice, una vez en la calle—. Aunque tampoco es seguro.

—Si no hubiese petróleo en el rancho, no ocurrirían estas cosas —respondo.

Ella asiente. Guardamos silencio durante un buen rato. Salimos a la carretera y entramos en una zona llana, sin árboles, casi un desierto.

El sol pega fuerte. A cada vuelta de las ruedas, el paisaje se torna más y más inhóspito.

—Si hubiese agua, esto podría convertirse en un paraíso —dice Susie de pronto.

—Costaría años crecer la vegetación, me imagino.

—Pero crecería y habría árboles y plantas... Bah, no son más que sueños, Jimmy.

—Claro, a fin de cuentas, es una escritora.

Ella sonríe, pero calla. El coche, por fortuna, es descapotable, lo que permite que el viento alivie la tórrida temperatura que reina a nuestro alrededor.

Media hora más tarde, encontramos un cartel a un lado del camino. Es una tabla, en donde la pintura está así borrada por la arena que agita el viento con frecuencia. El rótulo, encima de una flecha, dice: A CAMP ORVILLE.

Susie se adentra por el camino. El coche deja una espesa estela de polvo. Media milla más adelante, el terreno se hunde suavemente... Entonces, vemos el rancho.

Hay una casa, un granero y un par de corrales. También se ve un molino de viento, oxidado, y una torre de perforación.

—Bueno, aquí está el campo petrolífero de tío Stan —exclama ella.

El coche se ha parado a la sombra de la casa, que ofrece claras señales de abandono. Susie abre la puerta y entramos.

Todo está lleno de polvo. Los muebles dan la sensación de ir a desintegrarse de un momento a otro. Hay un rifle colgado en la pared, envuelto en un trozo de plástico. Es un tipo muy antiguo.

Examinó el arma y la encuentro en perfectas condiciones. Tal vez este «Winchester» disparó hace cien años contra las pieles rojas. Pruebo los mecanismos y veo que funcionan a la perfección. Al menos, en este aspecto, tío Stan no era descuidado. La recámara está llena de balas y, al examinar una de ellas, compruebo que si el rifle es antiguo, el cartucho ha sido fabricado recientemente.

Dejo el arma a un lado y salgo fuera. No lejos de la torre de sondeo, veo un cobertizo. Abro la puerta. El generador está allí, junto con algunas herramientas y un par de bidones de combustible. También hay cascos de trabajo.

La silueta de Susie se recorta en el umbral.

—¿Qué ha encontrado, Jimmy? —pregunta.

—Bien, aquí parece que hay lo suficiente para un sondeo, pero si se quisiera continuar, se necesitaría más gente. Y contratar el personal preciso, aparte de difícil, resultaría carísimo.

—Yo tengo algunos ahorros... —dice ella, dubitativa.

De pronto, veo un libro sobre un estante. Lo tomo y soplo el polvo que hay sobre la cubierta. Es una especie de diario de los trabajos realizados. Hay también un informe geológico. Lo leo con atención.

—El informe me parece amañado —declaro, minutos más tarde.

—¿Cómo puede saberlo? —pregunta Susie, asombrada.

—Entiendo algo del asunto. Ah, mire esto... La profundidad alcanzada es de trescientos sesenta y seis metros... Susie, no sé quién dirigió los sondeos, pero no le quepa la menor duda de que era un experto. —Agito el libro—. Puede resultarnos muy útil, si un día decidimos reanudar la tarea.

Ella sonríe.

—Habla en plural —observa.

—Es que tengo que cobrarme la deuda —respondo—. Si no le importa, me llevaré este diario a casa, para estudiarlo a fondo.

—Muy bien, no hay inconveniente.

Me acerco al generador y lo examino por encima.

—Necesita una buena limpieza, pero funcionará sin dificultades —aseguro.

Salimos del cobertizo.

—Todo esto es mío —dice Susie.

—La granja tiene más de cuatrocientas hectáreas. Si se encontrase petróleo, podrían levantarse decenas de torres de perforación. Para usted, sería tanto como una fuente que manase oro constantemente.

—No sé si sabría acostumbrarme a la riqueza, Jimmy.

—Acostumbrarse a la pobreza es mucho más difícil —digo, recordando los malos tiempos pasados últimamente.

Nos dirigimos hacia la casa, dónde está el coche. De pronto, oigo un leve rumor que procede del Sur.

El ruido gana en intensidad. Lo identifico muy pronto.

—Un helicóptero —exclamo.

Susie se vuelve hacia el origen del sonido.

—Sí, allí está —confirma.

De pronto, me siento muy suspicaz. Corro hacia la casa y saco el rifle. Susie me mira alarmada.

Le dirijo una sonrisa de ánimo.

—No se asuste. Solo me preparo —digo.

El helicóptero llega, y como un gran insecto, con los élitros que son sus aspas, chispeando al sol, da una vuelta a veinte metros de altura en torno a la casa. Es un tipo pequeño, de dos plazas, con cabina de huevera y abierta la escotilla del lado derecho.

De pronto, uno de los dos tripulantes mueve la mano derecha. Algo cae desde la altura, describiendo una parábola casi vertical.

CAPÍTULO VI

El objeto, aunque es de color negro, despide un brevísimo destello. Yo me imagino en el acto de qué se trata.

—¡Susie, al suelo!

Ella obedece. Yo me tiendo de bruces. A diez metros de nosotros se produce una fragorosa explosión.

Trozos de metralla zumban malignamente por encima de nosotros. Esos hijos de mala madre nos están bombardeando.

El helicóptero revolotea de nuevo. Cae la segunda bomba de mano, pero esta vez va dirigida al cobertizo del generador. Sin embargo, la explosión se produce a cinco metros de la puerta, con el único resultado de convertirla en astillas.

Me siento en el suelo y alzo el rifle. Largo cuatro balas hacia el helicóptero, pero el piloto o me ve o lo ha adivinado, porque da una brusca virada y se aleja de nosotros a toda velocidad.

—Susie, detrás de la casa —ordeno.

Ella me obedece, se pone en pie y echa a correr a toda velocidad que puede sacar de sus piernas. Yo me quedo en el mismo sitio, aunque bajo la sombra de la arruinada veranda, con el rifle en las manos. En este sitio resultaré menos visible.

El helicóptero vuelve. Su tripulante lanza ahora una granada hacia la torre de perforación. Es un estúpido. Una bomba de mano hace menos daño a las cosas de lo que la gente cree. En el cine se ve siempre el tipo que arroja una bomba contra una casa o un coche, por ejemplo, y la casa y el coche vuelan en pedazos por los aires. Es solo una escena de mucho efecto, pero absolutamente fantástica.

La torre sigue ahí, intacta. Se necesitarían un par de kilos de dinamita para hacerla trizas. El bombardero parece comprenderlo y dice algo al piloto, con lo que el helicóptero vuelve a evolucionar en el aire.

Ahora se dirige hacia mí, recto, a toda velocidad. Sostengo el

tipo lo necesario para hacerle cuatro disparos. Luego veo caer la bomba y salto de costado, dando dos vueltas antes de quedarme quieto, con la cabeza oculta entre los brazos.

La bomba pega contra una esquina del tejado y saltan astillas por los aires, pero eso es todo. Yo me imagino que los tipos del helicóptero deben de estar negros.

Ahí vuelven. Ya solo me quedan tres o cuatro cartuchos. Pongo rodilla en tierra y apunto con todo cuidado. Disparo, una, dos, tres veces... El helicóptero se tambalea, pero pasa rugiendo a dos metros del tejado. Luego se aleja, se remonta, lo noto por el ruido del motor... Me pongo en pie y corro hacia el otro lado de la casa.

—Se van —grita Susie.

Respiro aliviado.

—Por si acaso, será mejor que entre a ver si hay más cartuchos para el rifle... —empiezo a decir, pero en aquel momento, Susie lanza un chillido y me interrumpe.

—¡Jimmy, mire!

El helicóptero se ha alejado algunos cientos de metros y está a buena altura del suelo, pero su vuelo es errático, inseguro. Parece como si al piloto le sucediera algo con los mandos y quisiera luchar para evitar el desplome.

De pronto, pica. Cae con un ángulo muy pronunciado. Se produce el impacto, la explosión instantánea, el chorro de llamas, que es envuelto en el acto por el humo negro y aceitoso del combustible... El aparato y sus tripulantes son una tea en la llanura abrasada por el sol.

—¡Qué horror! —exclama Susie—. ¿Por qué, Jimmy?

Me imagino lo sucedido. Alguno de mis proyectiles ha debido de alcanzar al piloto. Este, herido, ha acabado por perder el dominio del helicóptero.

Me pongo un cigarrillo en los labios.

—Voy a darle un consejo —digo—. La policía acudirá, es inevitable. Declare solamente que vio el accidente. No mencione las bombas de mano ni los disparos del rifle. ¿Estamos?

Susie se vuelve y me mira.

—No entiendo por qué no hemos de decir la verdad, Jimmy —alega.

—Se lo explicaré: yo me vería metido en un buen lío. Y usted,

¿podría justificar por qué la atacaron con granadas de mano?

Suena una explosión. Volvemos la cabeza. Trozos del helicóptero vuelan por los aires, junto con chorros de fuego.

—La última granada —aclaro.

El humo se eleva a gran altura sobre la llanura, manchando el azul fulgente del cielo. De pronto, me doy cuenta de que estoy empapado en sudor.

—Voy a la casa —digo—. Quiero buscar municiones y esconder el rifle en lugar seguro. Aparte de que no me conviene que lo vean, podemos necesitarlo otro día.

Regreso a la casa. En la cocina veo la vieja bomba de agua, movida manualmente. Le doy a la palanca un buen rato, antes de que salgan los primeros chorritos de líquido. Dejo que corra el agua un poco y luego meto la cabeza debajo.

Después, bebo un buen trago. Paladeo el agua. Susie me mira inquisitivamente.

—¿Es buena? —pregunta.

—Riquísima, sin el menor sabor a nada.

—¡Hum! Tendría que saber a petróleo, ¿no cree?

—El petróleo está a cientos, si no a miles de metros de profundidad. Busque un cacharro y podrá beber.

A continuación, me ocupo de buscar municiones y de esconder el rifle. Conviene que nos quedemos aquí, hasta que llegue la policía.

Hay gente por todas partes, hasta periodistas y fotógrafos. Los policías nos han interrogado a fondo. El teniente Sanders quería saber por qué no fuimos a avisarles después del accidente. Yo le he dicho que alguien vería el humo mucho antes de que alcanzásemos un teléfono. Además, si el ocupante del helicóptero estaba muerto, ¿de qué nos servían las prisas?

—Eran dos, señor Bell —me dice el policía.

—Oh —contesto, ingenuo—. Yo no vi nada. Estaba aquí, con la señorita Orville, y de pronto vimos que el helicóptero perdía altura y se estrellaba.

Un agente de uniforme se acerca al oficial.

—Teniente, el helicóptero pertenecía a la Prospectors Allied —informa.

—Ah, una empresa de sondeos, a lo que parece.

—Eso creo, teniente.

—Trate de ponerse en contacto con la PA. Allí, sin duda, sabrán los nombres de los ocupantes del helicóptero.

—Sí, señor.

Sanders se vuelve hacia mí.

—Bien, señor Bell, ahora, por favor, dígame qué hacían aquí —solicita cortésmente.

—La propiedad es de la señorita Orville. Yo soy ingeniero geólogo y ella me contrató para ver de hacer sondeos y encontrar agua —respondo con toda amabilidad.

—Así es, teniente —confirma Susie.

Sanders mira hacia la torre.

—Diríase que en tiempos se buscó petróleo —murmura.

—No hay —aseguro, muy serio—. Las posibilidades de encontrar agua son mucho mayores. Con agua en abundancia, la propiedad se revalorizaría enormemente.

—Y me quedaría a vivir aquí —dice Susie—. Soy escritora de cuentos infantiles. Este lugar, con vegetación abundante, resultaría maravilloso.

—No lo dudo —dice el oficial—. Bien, cuando se proceda a la encuesta judicial, nos pondremos en contacto con ustedes.

El teniente Sanders no ha mirado la casa siquiera. En realidad, ¿cómo iba a sospechar de nosotros?

Susie me hace la misma pregunta cuando al fin emprendemos el regreso.

—Podrían sospechar, si encontrasen rastros de las balas. Pero es muy posible que la que hirió al piloto le haya atravesado el cuerpo. Aunque quedase entre los restos del helicóptero, el plomo se habrá fundido. En cuanto a los agujeros del plexiglás de la cabina, no existen por la misma razón.

—Pueden encontrar restos de metralla de la bomba.

—Pero no la relacionarían con nosotros, sino con ellos.

—Jimmy, ¿ha oído hablar usted de la PA?

—No, hasta hace unos momentos, aunque le prometo investigar.

Ahora soy yo el que conduce el coche. Susie se vuelve en el asiento y me mira.

—Es usted un magnífico embustero —exclama, riendo—. ¡Mira que decir que es ingeniero geólogo!

—Es que lo soy —contesto solemnemente. Y ante su asombro, puntualizo—: Ingeniero y geólogo, dicho sea con toda corrección. Tengo los dos títulos, ¿comprende?

—¡Cielos!

—A propósito —digo—. Usted tiene el testamento de su tío.

—A buen recaudo, Jimmy.

—¿Qué me dice de los títulos de propiedad del rancho?

—No sé dónde están.

Hago una mueca.

—Eso puede crearnos complicaciones —murmuro.

—¿Usted cree?

—Tendré que aplicarme a la tarea de buscar esos títulos —digo, muy preocupado, porque su falta puede ser sumamente perjudicial para la chica.

Nita me llama por la noche.

—Estaba esperando noticias tuyas —se queja.

—¿Acaso me crees un detective de película de televisión, que todo lo resuelve en un santiamén? Las cosas necesitan su tiempo, hermosa.

—Pues convendría que te dieras prisa —dice, malhumorada.

—Tú la tienes, ¿verdad?

—Hombre, figúrate...

—Hiciste un préstamo a Orville.

—Ya te lo dije, Jimmy.

—Me gustaría ver los pagarés. ¿Cuándo podrás enseñármelos?

Ella vacila. Me la imagino mordiéndose los labios.

—Se los pediré a mi marido —responde al cabo—. Ven mañana por la tarde, Jimmy.

—De acuerdo.

—Ah, y no habrá interrupciones —añade, muy insinuante.

—Estaré muy poco tiempo —aseguro.

—Eso ya lo veremos. —Se echa a reír y corta la comunicación.

Por la mañana me dirijo a la Cámara de Comercio. No tardo en encontrar los datos correspondientes a la Prospectors Allied. Los nombres que encuentro no me dicen nada.

Decido visitar a su director. Se llama Holman Carpenter. Es un sujeto de rostro vulgar, anodino, tan vulgar como su despacho. Me huelo en el acto a que es un hombre de paja.

—Sí, nos dedicamos a prospecciones y sondeos petrolíferos — contesta con aire indiferente—. La muerte de esos dos hombres resultará un duro golpe para la empresa, lo mismo que la pérdida del helicóptero. Realmente, no comprendo cómo se pudo estrellar el aparato. Su piloto era competentísimo.

—A veces, pasan esas cosas —digo, con mi mejor cara de inocencia—. Es muy lamentable, en efecto, señor Carpenter.

—Sí, pero ¿por qué se interesa tanto por nuestra empresa, señor Bell? —pregunta el tipo.

—Vi el accidente y creí que debía visitarle.

—Ah, muy amable de su parte.

—No es nada. Gracias, señor Carpenter.

—Adiós, señor Bell.

Salgo del despacho. La secretaria que me recibió no está. Debe de tener muy poco trabajo y habrá aprovechado mi visita para irse al bar más próximo a tomarse una taza de café. Eso me da una idea.

Doy media vuelta y abro un poquitín la puerta. Como me figuraba, Carpenter está hablando por teléfono.

—Sí, acaba de estar aquí... Ya se ha ido... No, no le he dicho nada de interés y él tampoco ha soltado prenda. ¿Qué le deje en paz? Muy bien, usted manda... Adiós.

Cierro la puerta. ¿Con quién hablaba Carpenter?

Salgo a la calle. Me pregunto si debo visitar a Rossiter. Antes de hacerlo, sin embargo, pienso que debo hablar con otra persona.

Perla Star me recibe en su oficina.

—A la tarde iré a tu casa —murmuro.

—Estupendo. Prepararé una buena cena.

—Una copa solamente. Iré a las cinco y media en punto. No puedo quedarme hoy a cenar, como sería mi deseo.

La última frase es una gran mentira, pero tengo que decírselo.

Perla pone cara de decepción.

—Yo creí que...

—Otro día, sin tantas prisas —me despido.

Después de hablar con Perla, me voy al Sandy's. Bill, el *barman*, empieza a fregar el mostrador apenas me ve.

—¿Escocés, Jimmy?

—Cerveza, gracias.

Ocupo un taburete, Bill llena la jarra y me la pone delante.

—Pobre patrón —dice.

—En paz descanse —contesto.

—Usted vio a su asesino.

—¿Importa eso mucho, Bill?

—Oh, Dowen está haciendo compañía a su víctima. No lo siento. Era un profesional.

—Lo mismo que el tipo que lo apioló cuando lo iba a interrogar el fiscal.

Bill tuerce el gesto.

—Jimmy, aquí se ven muchas cosas y uno debe cerrar los ojos, pero a veces siento náuseas. De todos modos, lo que no me gusta es que la gente se mate.

—Algunos deben de pensar que es necesario. —Pongo un billete de cinco sobre el mostrador—. Es alto, bien parecido, unos cuarenta años y tiene una mancha redonda, de color marrón, en el dorso de la mano derecha —describo.

—Kenny Foyle —dice Bill instantáneamente—. Pero tenga cuidado con él.

—¿Le gusta tirar de gatillo?

—Peor. Aunque es fuerte, prefiere que sea otro el que se encargue de zurrar a la gente. Russ *el Maza* es su inseparable.

—Eso de el Maza...

—Tiene un puño que parece un martillo pilón —aclara Bill.

—Comprendo. ¿Dónde puedo encontrarlos?

Bill se vuelve hacia la pared, donde hay un calendario con un Apolo en cueros vivos.

—Hoy es viernes —dice—. Kenny Foyle tiene partida de póquer. Calle Novena, 1057, apartamento E 3.

—Partida de cartas, ¿eh?

—Sí, es una costumbre antigua. Se reúnen unos cuantos amigos... y a veces llegan a algún incauto.

—Para desplumarlo, supongo.

—Claro. Y pobre del que protesta; Russ se encarga de él.

—Iré a visitarles, muchas gracias. Una pregunta, Bill.

—Sí, Jimmy.

—¿Por qué tienes ese calendario ahí?

—Oh, lo puso el anterior *barman*. Tenía otras aficiones. A mí me gustan las señoras, solo las señoras.

Alguien entra en el bar en ese momento.

—Como, por ejemplo, esta espléndida rubia —digo. Bibi se acerca y coloca sus ampulosas caderas sobre un taburete. Me mira y sonríe.

—Hola, Jimmy.

—Bill me decía que le gustas mucho —contesto.

—¿A quién no le gusto? —replica Bibi. Se retoca un poco la blusa, como queriendo atraer nuestra atención hacia su voluminosa pechuga—. ¿Qué haces esta noche, Jimmy?

—Tengo trabajo. Bill, dale una copa a la señora, por mi cuenta. Y no seas tímido: a Bibi no le gustan los tímidos.

Bill se pone colorado hasta las orejas. La Gorda suelta una fuerte risotada. Yo me largo hacia la salida.

CAPÍTULO VII

Perla es puntual. Apenas entro en su casa, se echa sobre mí, me abraza, frota su cuerpo contra el mío, suspira, jadea, busca mi boca con avidez de náufrago. ¡Qué tía! ¿Será ninfómana? Me pregunto.

El caso es que tengo que calmarla un poco. Luego empiezan las preguntas:

—La propiedad fue registrada a nombre de Stan Orville, pero ¿se extendieron los títulos?

—Sí, desde luego.

—¿Los reclamó él?

—No. Vino un abogado en su nombre. Morley, creo recordar.

—¡Morley! —exclamo.

—¿Lo conoces?

—Era el defensor de Dowen, Perla.

—Resulta curioso. Si se dedica a asuntos civiles, ¿por qué intervino en un caso criminal?

—Convendría preguntárselo, pero de eso ya me ocupo yo —declaro—. Perla, ¿qué puede pasar si no aparecen los títulos?

Ella se encoge de hombros.

—Nada —contesta.

—¿Cómo?

—El propietario era Orville, ¿no? Los terrenos están registrados a su nombre, aunque ahora pertenecen a sus herederos, lógicamente.

—Con o sin títulos.

—Eso no tiene nada que ver. La inscripción se hizo en debida forma y eso no hay quien lo mueva, salvo un testamento.

—Sé de una persona que le prestó dinero. Ahora quiere recobrar ese préstamo.

—Tendrá que reclamarlo a los herederos, pero nada más.

—¿No puede solicitar un interdicto de propiedad, alegando la

deuda?

—En todo caso, y según el abogado de que dispongan los herederos, la propiedad les será otorgada, con las cargas legales que dejara el testador. Si esas cargas no fueran atendidas, los acreedores podrían solicitar el embargo.

—Es decir, aunque el título de propiedad no aparezca, los terrenos tienen dueño.

—Sí, salvo la atención que deben conceder a la cancelación de las deudas.

—Muy bien, preciosa, es todo lo que quería saber.

Me pongo en pie. Perla se arroja otra vez sobre mí. Tengo que huir y no lo digo por pura presunción. A esa mujer le haría falta una lobotomía, a ver si así la curan de su furor sexual.

Después, voy a casa de Nita. Ella me recibe con la sonrisa en los labios.

—Tienes noticias para mí, supongo —dice.

—¿Cuánto os debía Orville? —pregunto.

—Veinte mil.

—¿Tienes los resguardos de la deuda?

—Claro. Nos entregó algunas acciones, pero no valen ni el papel en que están impresas.

—Y tú quieres el dinero.

Los ojos de Nita chispean.

—Quiero la propiedad —afirma, rotunda.

—Los títulos no han aparecido.

—Te pago para que los busques, Jimmy.

—Sí, lo sé. Pero aunque encuentre los títulos, no conseguirás nada.

—¿Por qué? —Se extraña.

—Hay un heredero. Él es el dueño de la propiedad.

—Búscalo. Entrevístate con él. Ofrécele doscientos mil por el terreno. Consigue que te lo venda y tendrás los cien mil prometidos.

Miro a mi alrededor.

—¿Qué pasaría si el heredero exigiera el pago al contado? —pregunto.

—Lo tendría —responde ella, orgullosa.

—Muy bien. Buscaré al heredero.

La puerta de la casa se abre en aquel momento. Aparece el señor

Cole.

—Hola, cariño. ¿Qué tal, señor Bell? —saluda, cortés.

Mark Cole se acerca a Nita, la besa en una mejilla y se marcha, volviendo a dejarnos solos.

—Es un esposo maravilloso —sonrío.

—Muy comprensivo —dice ella.

—Sí, ya lo veo. Bueno, tendrás noticias mías.

El teléfono suena de pronto. Nita levanta el aparato, escucha un momento y luego lo deja sobre una mesa.

—¡Mark! —llama.

Cole sale de las habitaciones interiores en mangas de camisa.

—¿Quién es? —pregunta.

—El señor Foyle, querido.

—Ah, Foyle... —Cole levanta el auricular—. Mi querido amigo, hoy tengo una importante reunión de negocios y me es imposible asistir a la fiesta. Lo siento tantísimo... Adiós, señor Foyle.

Cuando va a colgar, oigo un grito que sale por el teléfono, aunque no puedo entender lo que dice Foyle. Cole se vuelve hacia nosotros, con cara de circunstancias.

—Era un viejo amigo. Iba a pedirme un préstamo, con la excusa de dar una fiesta. Le conozco bien y es un tipo que está cubierto de deudas hasta el cuello... Adiós, cariño, diviértete. Señor Bell...

El complaciente señor Cole se marcha de nuevo. Miro a su esposa.

—¿Doscientos mil?

—Al contado.

Pellizco una de sus mejillas.

—Buscaré al heredero —prometo.

Nita me llama cuando ya tengo la mano en el tirador de la puerta.

—Jimmy...

Me vuelvo hacia ella.

—¿Sí?

—Mi esposo saldrá de viaje la próxima semana. Estará fuera cuatro o cinco días —dice Nita significativamente.

—Magnífico. Adiós.

Vuelvo a la calle. Me pregunto qué relación puede tener Mark Cole con Kenny Foyle.

Consulto la hora. Son casi las siete. Esa partida empezará tarde, pero seguro, Foyle y su acólito el Maza estarán ya preparándolo todo: mesa, sillas, cigarros, ceniceros, *whisky* del caro... y cartas trucadas.

A las siete y diez llamo a una puerta. Foyle le abre y se queda mirándome como un tonto, con la boca abierta.

—¿Hablamos un poco, Kenny? —sugiero, con amable sonrisa.

El tipo se recupera al fin.

—No tenemos nada que hablar. Lárguese —gruñe.

Miro al interior de la casa. Sí, todo está preparado, tal como había calculado.

—¿Quién es el gorrión a quien vais a desplumar hoy? —pregunto.

Foyle me nombra a mi madre. Le arreo una patada en la rodilla y empieza a dar saltos por la estancia, a la vez que usa las peores palabras del diccionario, con la velocidad de una ametralladora. Como salta sobre un pie, le pego en el muslo encogido y lo tiro de costado.

Entonces, a causa del ruido, aparece Russ *el Maza*.

Me llevo un pequeño chasco. Creí que sería un gigante, pero su estatura es más bien corriente, aunque es preciso reconocer que tiene unos hombros anchísimos. Los brazos, en cambio, son terroríficos y el remate, en forma de manos, justifica merecidamente el apodo.

—¡Sacúdele, Russ! —brama Foyle.

El Maza avanza hacia mí. Cierra la mano derecha y con la izquierda hace crujir los nudillos ominosamente. Foyle ha dejado de cojear y contempla satisfecho la escena, refocilándose sádicamente antes de tiempo. No sabe la sorpresa que le voy a dar a su esbirro, porque he ido preparado para la ocasión.

Russ alarga el puño. Entonces saco a relucir el trozo de tubería que he traído. No tiene más de treinta centímetros de largo, pero es suficiente para que unos huesos chasqueen terroríficamente.

El gorila cae de rodillas. Levanto el pie derecho y le arreo en el mentón. Un segundo después, se queda sin sentido.

Foyle reacciona y lleva la mano al interior de la chaqueta. Alargo la izquierda, sujeto su muñeca y levanto el trozo de tubo.

—Suelta el arma o te casco la frente —amenazo.

Foyle se pone lívido. Noto la relajación en sus músculos. Sin perderle de vista, le quito la pistola y la arrojo a un rincón.

—Vamos a hablar, Kenny —propongo.

El tipo inspira fuerte.

—¿Qué quiere? —pregunta.

—Estuviste a ver a Perla Star y le enseñaste una pistola y quinientos dólares. ¿Por orden de quién?

—No lo sé.

—Oh, vamos, Kenny, no me tornes por tonto. ¿Por qué no te muestras amistoso y cooperador?

Hago bailar un poco el trozo de tubería. Foyle suda como un cerdo.

—Me llamó por teléfono y dio instrucciones. Recibí dos mil dólares por correo. Eso es todo lo que sé.

Puede que diga la verdad, pienso. Calculo que Foyle debe de ser una especie de intermediario para negocios nada limpios. No creo que sea un asesino profesional; sabe lo mucho que se juega. Sin embargo, especula con la compañía de el Maza. Eso debe de asustar muchísimo a los timoratos.

—Está bien —digo al cabo—. Te concederé el beneficio de la duda. Ahora, dime: ¿cuál es tu problema con Mark Cole?

—Perdió dinero y me firmó un pagaré por cinco mil —contesta Foyle, hoscamente—. Se resiste a cancelar la deuda, alegando que le hicimos trampas.

—¿Y no es cierto?

Los labios de Foyle se contraen.

Es evidente que no quiere soltar prenda, pienso, pero que alguien se deje desplumar y luego no quiera pagar, no solo me parece lógico, sino que, además, no me importa en absoluto.

Russ empieza a dar señales de vida. Será mejor que me largue. Aquí ya no conseguiré nada más.

Cuando salgo, ya en la escalera, me encuentro con un tipo que tiene un aire de paleta imponente.

—Usted va a ver a Kenny Foyle —digo.

—Sí —contesta el hombre, muy extrañado de que haya adivinado sus intenciones.

—A jugar unas manitas de póquer, supongo.

—Es un chico muy amable. Somos buenos amigos.

—No sea incauto y lárguese, ahora que es tiempo. Kenny le dejará los bolsillos vacíos. Tiene las cartas marcadas.

—¡Diablos! ¿Cómo lo sabe?

Lanzo una carcajada, a la vez que sigo mi camino:

—Yo soy el que le marca las cartas —respondo.

El hombre corre detrás de mí.

—Había oído hablar de encerronas, pero siempre me figuré que eran historias —dice, quejumbroso.

—Lo mejor será que se vuelva a su pueblo y juegue con los amigos de siempre, a centavo la ficha —me despido del tipo porque ya estamos en la calle.

—Seguiré su consejo, descuide.

Todavía no son las ocho de la noche. Me pregunto si Susie querrá darme un bocadillo.

—Claro —accede la chica, un cuarto de hora más tarde—. Será un placer, Jimmy.

Me siento en un diván. Ella trae un aperitivo y me mira, sonriendo hechiceramente.

—¿Qué me cuenta de nuevo? —inquire.

—Los títulos de propiedad no importan tanto como el testamento. Pero puede encontrarse en apuros —replicó.

—¿Qué apuros?

—Usted dijo que posee todas las acciones de la OPC. Creo que está engañada.

—No me preocupé gran cosa de ese montón de papeles. Conocía bien a tío Stan y suponía que se trataba de alguna estafa.

—Quizá él mismo lo creyó también así. Susie, hay quien tiene más acciones de la compañía y un recibo por veinte mil dólares que le prestó a su tío.

Ella, desalentada, pone las manos sobre el regazo.

—No tengo esa suma ni de lejos —dice.

—Entonces, se pueden hacer dos cosas: pagar la deuda o reconocerla. Pero si es así, tendrá que revalorizar los terrenos.

—No sé cómo, Jimmy.

Estiro los dos brazos, apoyándolos en el respaldo del diván.

—Le voy a ser sincero. Me han encargado comprar los terrenos por doscientos mil dólares. Susie lanza un chillido.

—¡Oh! Eso es una fortuna.

—Y yo me ganaré cien mil por el trabajo. Por eso le recomiendo que no acepte.

—Jimmy, esos terrenos no valen nada, absolutamente nada. Hablando claro, no creo que haya petróleo.

—Entonces, quiere vender.

Los ojos de la chica brillan de un modo extraño.

—Sí —responde.

—Susie, desconfíe de la oferta —digo.

—¿Por qué? Usted se va a ganar cien mil.

—¿Y no le parece extraño?

Susie se muerde los labios.

—Jimmy, ¿qué hay en el fondo de todo este asunto? —murmura.

—Petróleo. Oiga, creía que íbamos a cenar...

—¡Espere! Jimmy, mi tío se gastó un montón de dinero en los sondeos. Hemos visto la torre, la maquinaria... ¿Cree que hizo todo eso por estafar a la gente?

—Como hijo de una de sus víctimas, debo contestar afirmativamente.

—Está bien. Venderé y cancelaré la deuda que mi tío tenía con usted.

—Le aconsejo que no lo haga.

—Dígame el nombre del comprador.

—No.

Susie se pone en pie.

—Mañana saldrá un anuncio en los periódicos, pregonando la venta de los terrenos —exclama, resuelta.

—Voy a pedirle un favor —digo.

—Hable.

—Espere veinticuatro horas. ¿O es que le corre mucha prisa el dinero?

—Hombre, no, pero... ¡doscientos mil dólares!

—Espere un poco —ruego.

—Jimmy, ese dinero me vendría muy bien —insiste la chica.

—Mire, si quiere le doy el nombre y la dirección para que haga usted el trato directamente. Así, de este modo, verá que soy sincero, puesto que pierdo mis cien mil. Pero, en confianza, no ceda tan

pronto.

—Me gustaría saber...

—Tengo la impresión de que es una trampa. Por favor, el dinero no le corre tanta prisa. No tiene que pagar ningún rescate, no debe a nadie, al menos grandes sumas... Espere, Susie, insisto.

—Está bien. Haré lo que usted dice, pero resuelva pronto este asunto.

—Es lo que estoy deseando; así recobraré lo mío —digo, mientras me encamino hacia la puerta.

—¡Eh, Jimmy! ¿No habíamos quedado en que iba a invitarle a cenar?

Me vuelvo hacia ella. Sonríe. Yo sonrío también.

—Tengo un hambre de lobo —declaro.

—Entonces, vaya afilando los colmillos —dice, mientras se encamina desenvuelta hacia la cocina.

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente, a las diez de la mañana, aparezco en el despacho de Lee K. Morley, el defensor de un asesino asesinado. Una pulcra secretaria me recibe, solicita mi nombre y dice que le deje el teléfono y que ya me avisará cuando el señor Morley tenga hora libre para recibirme.

Saco una tarjeta de visita, escribo en ella un nombre, doblo la tarjeta y se la entrego a la secretaria.

—Espero la respuesta —digo, fríamente.

Ella entra en el despacho y sale medio minuto más tarde.

—Pase, señor Bell.

—Gracias.

Cruzo la puerta. La estancia es enorme. Sillones de cuero, paredes de madera noble, una gran chimenea, cuadros de valor... Una decoración próspera y de buen gusto, indudablemente. Morley, en pie para recibirme, encaja con el ambiente.

Tiene cincuenta años, sienes grises, con abundantes patillas blancas, traje caro, azul, con rayitas levemente más claras del mismo color, corbata a rayas púrpura y negro, un par de anillos, camisa de seda... Sabe gastar el dinero en su indumentaria.

—Señor Bell...

—Celebro conocerle, abogado —digo—. Gracias por haber accedido a recibirme.

—Siéntese, pero sea breve, por favor. Y dígame qué relación tenía usted con el difunto Stan Orville.

—Yo, ninguna. Mi padre, también difunto. Vine aquí a buscarlo para retorcerle el pescuezo, pero llegué tarde.

—En tal caso, no sé qué puede hacer usted, si como presumo, Orville les debía algo.

—He dado esa deuda por cancelada. Ahora, por favor, dígame qué hizo usted con los títulos de propiedad de las tierras donde

Orville había empezado a hacer sondeos petrolíferos.

Morley sonríe.

—Conque era eso —dice. Menea la cabeza—. El difunto Orville tenía una imaginación prodigiosa para crear sociedades ficticias de la nada y estafar así a la gente crédula. En ese rancho no hay más petróleo que el que pueda haber en este despacho.

—Eso mismo supongo yo, pero, por favor: ¿dónde están los títulos de propiedad?

—¿Por qué insiste tanto en verlos?

—Usted los tiene.

—Lo admito.

—Y no quiere enseñarlos.

—No los enseñaré a un cualquiera, dicho sea sin la menor intención ofensiva. De usted no conozco más que el nombre, sin otros detalles.

—Podría dárselos, pero no contaría más que con mi palabra y no me creería. De todos modos, alguien vendrá a pedirle esos títulos en cualquier momento.

—¿Puedo saber quién, señor Bell?

—Orville dejó un heredero.

Morley arquea las cejas.

—¡Un heredero! —repite.

—¿No lo sabía usted? —pregunto.

El leguleyo se muerde los labios.

—Es algo nuevo para mí —asegura—. Orville, en determinados aspectos, era muy reservado.

—Ese heredero existe y vendrá a reclamarle esos títulos —insisto.

—No tengo noticias de un testamento.

—También existe, pero, aunque no fuese así, el heredero tendría derecho a la propiedad del difunto Stan Orville. A propósito, ¿le ha llamado esta mañana el señor Carpenter?

—¿Carpenter? ¿Qué tiene que ver con esto? —Respinga Morley.

—Es el director de la Prospectors Allied.

—No tengo nada que ver con ese hombre ni con esa empresa —dice el abogado, altivamente.

—Usted es hombre que se dedica preferentemente a asuntos civiles. ¿Por qué se brindó a defender a un asesino profesional como

Hank Downen?

—Me lo pidieron. No podía negarme.

—¿Quién se lo pidió?

—Señor Bell, ¿sabe que está haciendo demasiadas preguntas y que todas son muy impertinentes?

Abandono el lujoso sillón de cuero y nogal.

—Abogado, si no hay petróleo en las tierras de Orville, ¿por qué tienen algunas personas tanto interés en ellas?

Morley se pone la mano en el pecho.

—Yo no tengo el menor interés en esa propiedad —responde.

Voy hacia la puerta.

—He estado en el aeropuerto. Hace dos días, un helicóptero se estrelló y murieron sus dos tripulantes. El piloto se llamaba Ned Hays. Alguien le vio hablando con usted aquella misma mañana.

La cara de Morley se pone gris. Lo que digo es cierto; he investigado en el aeropuerto y me he gastado algunos billetes aquí y allá.

—Hays era un veterano del Vietnam, que se había convertido ya en un mercenario, capaz de cualquier cosa por dinero. La policía ha encontrado en su casa billetes por valor de tres mil dólares. Y eso no lo digo yo, sino los periódicos. ¿Quién pagó a Hays y a su acompañante para que tirasen unas cuantas bombas de mano en el rancho de Orville?

Cuando abro la puerta, Morley no ha despegado todavía los labios.

La secretaria me mira y yo le cosquilleo el mentón.

—La invito a cenar esta noche —digo.

—Imposible, ya estoy comprometida —contesta.

—Con un hombre afortunado, claro.

—Puede —sonríe—. Tiene tres meses.

—¡Oh, qué plancha! Adiós, mamaíta.

Salgo a la calle. Cuando estoy en la puerta del edificio, veo que se detiene un coche. Un hombre sale de su interior. Es Carpenter.

Dudo un momento. ¿Debo esperar a que salga?

De pronto, un sujeto, vestido con ropajes oscuros y de mirada inexpresiva, se me acerca cortésmente.

—Usted es Jimmy Bell —dice.

—Sí —admito.

—Mi nombre es Will Earl. Tengo ahí un coche. El señor Rossiter siente vivísimos deseos de conversar un rato con usted.

Miro a Earl. Es un tipo duro, muy distinto de White y de Manton. Mucho más inteligente. Por lo tanto, peor que aquellos dos juntos.

—Por supuesto —accedo.

Earl en persona abre la portezuela del coche. El chófer ni se vuelve; parece una estatua detrás del volante. Segundos después, el vehículo se pone en marcha. Earl, afable, me ofrece tabaco. Fumamos plácenteramente, como buenos amigos. Pienso que ese cigarrillo puede que sea el último del condenado a muerte.

Pero también puede que me equivoque.

La casa de Rossiter, al contrario que el despacho de Morley, es de un futurista rabioso. Hay hombres que no saben cómo gastarse el dinero. Seguramente, la casa ha sido decorada por el mismo que hace los interiores de esa serie de televisión «Espacio 1999».

Pero así como Morley encajaba perfectamente en su severo despacho, Rossiter paga tanto como un franciscano en un templo budista, dicho sea con los debidos respetos. Rossiter es bajo, gordito, con cara de luna llena y bigote que parece una raya pintada con lápiz de cejas.

Sin embargo, es amable y cortés y me ofrece un vaso con *whisky* y hielo.

—Hablemos, Jimmy —propone.

—Claro —contesto.

—Mis hombres le han estado siguiendo.

—¿También Kenny Foyle?

—¿Quién habla ahora de ese desarrapado? Usted no conoce a sus sombras, ni yo voy a decirle los nombres. Pero quiero ser sincero. Se ha metido en el bolsillo a la chica.

—¿Qué chica, Zack?

Rossiter me mira y se echa a reír.

—No me tome el pelo, Jimmy. ¿O es que le llaman Zorro por broma? Me refiero a Susan Orville.

—Ah, Susie. Yo creí...

—También conozco su fama de conquistador. Le he seguido muy de cerca en las últimas semanas. Incluso cuando se hacía pasar por

un muerto de hambre.

—No era teatro, sino realidad, Zack.

—Vamos, vamos, no me engañe, Jimmy. Escuche, hablábamos de Susie Orville.

—¿Por qué no hablamos también de Bronstone?

—Bronstone y yo no teníamos nada en común desde hacía muchísimos años. Y, lo crea o no, su muerte me dolió.

—Había llegado a pensar que fue usted quien pagó a Dowen...

—Olvédelo. Hace ya mucho tiempo que no recorro a esos procedimientos. Dan muchos dolores de cabeza. ¿O no podría haber amenazado a la chica?

—¿Por qué no lo ha hecho?

—Primero, quiero que las cosas se hagan legalmente. Segundo, no tuve noticias de su existencia hasta que mis hombres la vieron con usted.

—Ella no se ha escondido nunca —alego.

—La ciudad es grande, usted lo sabe bien.

—¿No se le ocurrió mirar la guía telefónica?

—La inscripción es reciente. Usted lo sabe, ¿no?

—En eso le doy toda la razón —digo—. A mí también me pasó algo por el estilo; pero, dígame: ¿cómo sabía que me interesaba por Orville?

Rossiter sonríe.

—Alguna vez hizo preguntas. Yo lo supe —contesta.

—Y no se le ocurrió decirme nada acerca de su muerte.

—Usted es muy listo. Esperaba que hiciera algo que al fin me diera buenos resultados, como así ha sido. En cierto modo, era neutral en este asunto. Si yo hubiese intervenido de una forma directa, se habría destapado el pastel antes de tiempo, ¿comprende?

Me encojo de hombros.

—Es cuestión de opiniones —respondo—. Pero ¿por qué no habla claro de una vez?

Rossiter se inclina hacia adelante.

—Convenza a la chica para que venda. Le pagaré trescientos mil, en el acto. A usted le daré veinticinco mil —dice—. Ella atenderá mejor a un neutral que a un hombre como yo. Lo reconozco, mi mala fama pesa todavía y tardaré muchos años en librarme de ella.

—Zack, en este asunto hay algo que no me gusta —declaro

francamente—. Si tanto le interesa esa propiedad, ¿por qué no va usted mismo a hacerle esa proposición?

—Jimmy, ¿ha oído hablar alguna vez de los hombres de paja?

—Ah, quiere que yo lo sea de usted.

—Sí.

—¿Qué me dice de alguno de sus muchachos?

—Son demasiado conocidos. No interesa.

—Entiendo. Usted no quiere que su hombre de paja pueda relacionarse algún día con su nombre.

—Justamente. Por eso le pagaré veinticinco mil y un sueldo mensual de mil quinientos.

Empiezo a contar con los dedos.

—Eso significa que tendré que trabajar para usted durante cuatro años y dos meses, con lo que, añadiendo los veinticinco mil, completará la cifra de cien mil que otra persona me ha ofrecido por el mismo trabajo, en el acto y sin ulteriores compromisos.

—¿Quién es? —pregunta Rossiter, casi a gritos.

—Soy muy reservado en los negocios —contesto—. Pero para su tranquilidad, le diré que la otra oferta no ha sido aceptada todavía.

Es una mentira a medias, claro, aunque no voy a darle explicaciones en estos momentos.

—Está bien —gruñe Rossiter—. Treinta mil y mil ochocientos de sueldo mensual.

—Y seré el director de paja de la Rossiter Oil Corporation o algo por el estilo, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho —contesta rotundamente.

De pronto, antes de que pueda hablar, llaman a la puerta. Earl entra con una caja en las manos.

—¿Qué pasa ahora, Will? —pregunta Rossiter, malhumoradamente—. Dije que no me molestase nadie.

—Lo siento, señor, pero sé que usted necesitaba cigarros. Aquí tiene la caja que le he comprado.

—Está bien. Déjala y lárgate.

—Sí, señor.

La puerta se cierra. Rossiter maldice entre dientes, mientras se acerca a la consola que hay junto a la entrada.

—Jimmy, ¿un cigarro? —Ofrece.

—No, muchas gracias.

—Yo voy a encender uno. Me gustan los habanos.

—De contrabando, supongo.

—Claro. —Rossiter se echa a reír—. Ahora, aquí, no se consiguen de otra forma.

Empieza a quitar el papel que envuelve la caja. Yo me acerco a una de las ventanas que dan a la parte posterior del enorme jardín que rodea la casa. Una propiedad fantástica, de película, vamos.

Quizá la manía de Rossiter de hacer las cosas en grande es lo que me salva la vida. Una tremenda explosión retumba súbitamente en la habitación y los cristales vuelan con horrible estruendo hacia el exterior.

CAPÍTULO IX

La onda explosiva me empuja a un lado. Tengo los tímpanos doloridos. La habitación huele a diablos. Veo un par de muebles derribados.

Vuelvo la cabeza. La consola ha desaparecido, pulverizada. En cuanto a la puerta, ha saltado en astillas. La gran lámpara del techo está destrozada.

El bar ha quedado barrido por completo. Hay astillas y trozos de vidrio por todas partes. También hay un cuerpo decapitado en el suelo. Arriba, en el techo, veo manchas blancas y rojas.

Sí, la manía, o si quiere llamársele orgullo, tanto da, de hacer las cosas en grande, me ha salvado, porque Rossiter se hizo construir un salón que parecía un aeropuerto, y en el momento de la explosión, yo me encontraba en el rincón opuesto a la entrada.

Intento levantarme, pero me tambaleo y vuelvo a caer. Los oídos me zumban horriblemente. Noto algo de sangre en el lado derecho de la cara.

Me parece que suenan gritos por alguna parte, no lo sé. Todavía tengo en los tímpanos el estruendo de la explosión. El humo empieza a disiparse por fin. Supongo que en alguna parte alguien usa un teléfono para llamar a la policía, aunque me imagino que el estampido habrá llamado la atención de más de uno de los habitantes de la zona.

Al fin, logro incorporarme. Entran dos hombres en el salón destrozado. Uno de ellos es Earl. El otro contempla el cuerpo decapitado de su jefe y escapa a la carrera. Seguramente irá al baño a vomitar.

Earl, en cambio, parece más tranquilo.

—¿Se encuentra bien? —pregunta.

—Comparado con Rossiter, desde luego —replicó, mientras me pongo un pañuelo en la mejilla derecha. Algún trozo de vidrio ha

debido arañarme un poco; el dolor, más bien escozor, es mínimo.

—He avisado a la policía, no tardarán en llegar —dice Earl.

—¿Hay licor fuera de aquí? El bar ha quedado arrasado.

—Sí, venga.

Salimos fuera, al vestíbulo. Earl me entrega una copa.

—Ha sido horrible —dice.

Tomo un par de tragos. Luego, mojo el pañuelo en el mismo *whisky* y me lo paso por la cara. Siento el escozor del alcohol, pero se pasa pronto.

Se oye una sirena, luego otra. Los policías empiezan a invadir la casa. Algunos de ellos entran en el salón y lanzan exclamaciones de horror. A los pocos momentos, llega un oficial. Es el teniente Bray y da comienzo al interrogatorio.

Empieza por mí, puesto que yo estaba con Rossiter en el momento de la explosión. Le cuento lo que ha pasado.

—¿Cómo se salvó? —pregunta Bray.

—Bueno, yo estaba en el extremo opuesto, contemplando el jardín. Rossiter se quedó junto a la consola situada al lado de la puerta, abriendo la caja de habanos. Me ofreció uno, pero yo lo rechacé. Creo que como estaba, vuelto de espaldas, su propio cuerpo hizo de parapeto en el momento de la explosión, aparte de que esta clase de petardos tienen su mayor potencia siempre hacia arriba. Y la distancia, no lo olvidemos. Aun así, la onda explosiva me tiró al suelo.

Bray asiente.

—Usted vino para hablar con Rossiter —dice—. ¿Cuál era el tema?

—Yo no vine, me trajeron. En cuanto al tema, negocios —respondo.

—¿Qué negocios?

—Petróleo.

Las cejas de Bray se levantan.

—No tengo ganas de reír en estos momentos —masculla—. Lo único que Rossiter podía saber de petróleo era que sirve para hacer gasolina.

—También sirve para hacer muchas fortunas, teniente.

—¿Acaso iban a fundar una compañía petrolífera? —pregunta Bray, irónico.

—Por lo visto, él sí la quería fundar y me llamó para que lo asesorase —miento en parte—. Discutimos un poco el asunto, el sueldo, las gratificaciones, y, de pronto, «bang», la bomba.

En aquel momento aparece Earl. Su dedo índice apunta hacia mí.

—Teniente, acuso a este hombre de asesinato —exclama—. Él fue quien hizo explotar la bomba que ha matado al señor Rossiter.

El silencio se hace denso, espeso, como una sustancia que pudiera cortarse con un cuchillo, durante algunos segundos. Yo me quedo atónito, sin saber qué decir. La acusación es tan monstruosa, que me ha quitado el habla.

Bray me mira fijamente.

—Y bien, señor Bell. ¿Qué responde a esa acusación?

—Ese hombre miente —digo, con gran esfuerzo.

—Insisto, teniente —vocifera Earl—. Él debió de traer la bomba en alguna parte.

Bray y yo hablábamos sentados. Me levanto. Tengo una idea. A una mentira, otra más gorda.

—Teniente, voy a demostrar que soy inocente de la muerte de Rossiter —declaro—. Apenas entré en su despacho, él puso en funcionamiento su grabadora. Dijo que quería grabar nuestra conversación. Ese útil aparatito está en la mesa, que ha quedado intacta. Bien, haga que reproduzcan nuestras palabras... y las que pronunció Earl cuando le entró la caja de habanos.

El tipo se pone pálido. Como suele decirse, el tiro por la culata.

—Earl entró y, más o menos, dijo: «Sé que necesitaba cigarros y le compré una caja. Aquí la tiene, señor». Por otra parte, cuando los técnicos en explosivos empiecen a buscar rastros, encontrarán alguno de una caja de habanos.

Bray sigue mirándome, pero, de pronto, se vuelve hacia Earl.

—Ahora es su turno, Will —indica.

Súbitamente, el tipo pierde los estribos y echa a correr. Hay un agente de uniforme en la puerta, pero lo atropella, derribándolo, y sale de la casa.

Bray se lanza tras él.

—¡Alto, deténganlo!

Earl corre frenéticamente por la explanada que hay ante la casa. Un par de policías le persiguen. De pronto, Earl se vuelve y aprieta

el gatillo del revólver que ha sacado nadie sabe cómo.

Dispara. Un policía cae, agarrándose el muslo derecho con ambas manos. El otro pone rodilla en tierra y sujeta su revólver con las dos manos. Dispara varias veces. Earl baila un poco y acaba por desplomarse sobre el paseo enarenado.

Todavía se mueve un poco. Quizá pueda decir algo, pienso, mientras muevo las piernas como un campeón de los cien lisos. Me inclino sobre él.

—¿Quién, Will, quién? —pregunto.

Earl me lanza una mirada preñada de odio. Luego vomita un chorro de sangre y vuelve a patear. Al fin, se queda quieto.

Bray me agarra por un brazo y me aparta con violencia.

—¡Vamos a la casa! —brama—. Ahora escucharemos esa maldita grabación...

Yo quiero decir algo, pero el otro me corta en el acto:

—¡Cierre el pico! No diga nada hasta que yo se lo permita, condenación.

Entramos de nuevo en la casa. Bray me empuja hacia uno de sus hombres.

—Vigílelo —ordena, con voz tonante.

—Al menos, podré fumar un cigarrillo —protesto.

—Está bien.

El guardia y yo quedamos solos. Se oyen más sirenas.

Pasa un cuarto de hora. Bray sale, sorprendentemente calmado.

—Pues tenía usted razón —dice.

Yo me quedo con la boca abierta como un tonto.

—Sí, lo que ha dicho es cierto. Rossiter grabó la conversación. He tenido que dar todo el volumen, porque la voz de Earl, que sonaba a distancia, quedó muy débil, pero fue él quien le entregó la caja de cigarros.

Hago un esfuerzo y me recupero.

—Entonces, ¿puedo marcharme?

—Aguarde, todavía tenemos mucho que hablar. Quiero enterarme de todo, ¿me entiende? ¡De todo! —subraya a gritos.

Enciendo otro cigarrillo. No tendré otro remedio que aguantar el interrogatorio.

Cuando llego a casa de Susie, me derrumbo sobre un diván. Estoy deshecho.

—He oído noticias por la radio —dice ella, cuando me entrega una taza de café.

—He pasado un verdadero mal trago.

Le cuento lo ocurrido. Susie se siente aterrada.

—Pero ¿qué pasa aquí, Jimmy?

—El objetivo son sus terrenos —digo—. Si hay petróleo... Su granja tiene cuatrocientas hectáreas. Suponiendo una torre extractora por cada hectárea, hay sitios de mayor densidad. ¿Se imagina usted la cantidad de dólares que supone un campo petrolífero de tales características?

—Voy a desmayarme —exclama Susie. Y se sienta en una silla, frente a mí—. Pero no querría hacerme ilusiones. Solo son sueños, Jimmy.

—Quizá alguien piensa que hay más que sueños.

—¿Quién?

Termino el café y saco cigarrillos. Susie me quita de la boca el que acabo de encender.

—Tengo varios sospechosos en la lista —declaro—. Pero no puedo hacer nada sin confirmar esas sospechas.

—Tendrá que conseguirlo de alguna manera —dice.

—Por supuesto.

—¿Cómo, Jimmy?

—Una pregunta: ¿tiene bien guardado el testamento?

—Desde luego.

—No lo pierda. Es muy importante.

—Eso pienso yo. Pero ¿no puede decirme...?

—Rossiter ofrecía trescientos mil por los títulos de propiedad. Además, quería que yo fuese su hombre de paja —murmuro.

—¿Tanto daba ese hombre?

—Al menos, lo dijo. Y creo que hasta era sincero.

—Jimmy, si surge otra oferta semejante, la aceptaré sin pensármelo dos veces. Puede que cometa una equivocación garrafal, pero me aplicaré el refrán del pájaro en la mano y los cien que vuelan. ¿Eh?

—¿Me concede veinticuatro horas de plazo?

—Pero ni un segundo más. Pasado ese tiempo, iré a hablar con la señora Cole.

—Está bien.

Voy hacia la puerta, aunque antes de salir me vuelvo y la miro.

—Susie...

—Dígame, Jimmy.

—No, nada, no tenía importancia.

Abro y salgo. Cuando se sepa la verdad, pienso habrá muchas sorpresas.

CAPÍTULO X

Cuando abro la otra puerta, veo un espectáculo singular.

Bibi está de espaldas, vestida solamente con la falda, que envuelve unas caderas con más atractivos de los que yo había pensado. A partir de la cintura, no lleva nada, aunque se está poniendo algo.

Forcejea, gruñe, rezonga.

—Te ayudaré —digo—. Y no seas tan descuidada; la puerta estaba abierta.

Ella se vuelve y lanza un grito.

—¡Jimmy!

—Anda, date la vuelta otra vez y abrocharé la presilla del sujetador —le digo—. ¿Por qué no te lo compras de tu número y no dos tallas más pequeño?

Bibi se echa a reír.

—Yo no tengo la culpa de estar bien dotada por la naturaleza —responde, desenfadada.

—Pero sí tienes la culpa de ser tan descuidada. Dejarte la puerta abierta es una terrible imprudencia.

—Hace un momento llegó un mandadero, con una carta. Debí de olvidarme echar el seguro.

—¿Ibas a salir?

—Ya no. —Me mira intensamente y me echa los brazos al cuello

—. Quiero que te quedes conmigo, Jimmy.

—Pero tendrás que corresponder —exijo.

Bibi frota su nariz contra la mía.

—¿Qué quieres? —pregunta.

—Informes.

—Ah... ¿Quién?

—Will Earl.

—Ha muerto.

—Lo sé. Yo lo vi morir.

—Era el hombre de confianza de Rossiter.

—Eso es lo que creía Rossiter.

—¿Le engañó?

—Como a un chino. Lo que sucede es que quería matar dos pájaros de un tiro. Dime, ¿qué sabes de las partidas de póquer de Kenny Foyle?

Bibi frunce el ceño.

—¿Por qué te interesa el tipo? —pregunta.

—Anda, contéstame.

—Pero si ya lo sabes... Hacen trampas con los naipes... Siempre cae algún gorrión...

—Hubo un tiempo en que tú solías ayudarlo —digo.

—Lo dejé. Mi negocio es más productivo. No me gusta el papel de rubia decorativa.

La contemplo de pies a cabeza.

—Pues decoras muy bien cualquier sitio —digo.

Bibi se echa a reír y se cuelga otra vez de mi cuello.

—Anda, cariño...

—Espera un poco, preciosa. ¿Sabes si un tal Mark Cole iba a jugar con Kenny?

—Sí, solía ir una vez a la semana. Pero tengo entendido que ya no juega.

—¿Desde cuándo?

—Oh, un par de meses, aproximadamente... Jimmy, déjate de preguntas y atiéndeme. ¿No merezco ser atendida? —dice, orgullosa de sus encantos.

Suspiro.

—Voy a tener que rendirme —digo.

—¡Ríndete, canalla!

Me busca como si yo estuviera ahogándome y quisiera practicar conmigo el boca a boca. De pronto, cuando ya empezamos a perder la noción de las cosas, suena el teléfono.

—Hijo de... —Gruñe Bibi.

—Déjalo.

—Tengo que atender el negocio, querido.

Se separa de mí y levanta el teléfono.

—Bibi Melville —dice. Y añade, segundos después—: Ah, hola,

señor Carpenter... Por supuesto, tengo algo interesante para usted... ¿Qué me quiere a mí? Lo siento, pero no estoy disponible... ¿Mañana? No le garantizo... Oiga, tengo el teléfono de una chica muy bonita, muy dulce...

De pronto, se vuelve y me mira con ojos de extrañeza.

—El bastardo me ha dejado con la palabra en la boca —declara.

—¿Quién era ese Carpenter? —pregunto, simulando ingenuidad.

—Tiene una oficina de no sé qué... De vez en cuando me llama para que le concierte una cita con una chica. Pero hoy quería que fuese yo. —Bibi se sienta en mis rodillas y me abraza cálidamente —. Estando tú, no quiero a otro —agrega, con voz llena de fuego.

Me besa de nuevo. Pasan unos minutos. Luego, Bibi se arregla el pelo.

—¡Uf! —dice, sonriendo.

Enciendo un cigarrillo. Bibi se marcha y vuelve más tarde con dos copas. Entonces, suena el teléfono nuevamente.

—¿Quién será el latoso...? —se queja ella.

Levanta el aparato y pronuncia su nombre. Luego, irritada, dice:

—¿Otra vez, señor Carpenter? Ya le dije antes... ¿Cómo? ¿Quinientos? Bueno, me lo pensaré...

Al cabo de unos segundos, se vuelve hacia mí y sonrío forzosamente, a disgusto.

—Jimmy, Carpenter está encaprichado —dice.

Vacíó la copa y me pongo en pie.

—Entonces, arréglate y ve a complacerle —contesto.

Abandono la casa y regreso a la mía. Cuando voy a apagar la luz, suena el teléfono.

Es Nita la Ariete.

—Estoy sin noticias tuyas —se queja.

—Ando en el asunto —me disculpo.

—Pero ¿es que esa chica no tiene bastante con doscientos de los grandes?

—Es un poco dura de pelar, Nita.

—Me parece que he cometido un error al contratarte, Jimmy.

—Mujer, ten paciencia...

—Te doy veinticuatro horas, Jimmy. Pasado ese tiempo, lo haré yo por mi cuenta.

—Me preguntó por qué no lo hiciste antes —digo.

—Creí que serías un poco más listo. Queremos guardar el anónimo.

—Ah, comprendo.

—Volveré a llamarte mañana a estas horas —se despide Nita.

Dejo el teléfono en la horquilla. Cada vez me siento más confuso. Trato de conciliar el sueño, pero no lo consigo hasta el tercer cigarrillo.

De súbito, me despierto.

Consulto la hora. Todavía no ha amanecido. Mi mente ha estado trabajando durante el sueño, y en un instante, me ha revelado gran parte de la verdad.

Sin importarme la hora, me levanto, voy al baño, me doy una ducha y luego pongo la cafetera al fuego. Cuando tengo el café listo, me siento ante la mesa, con un libro en las manos.

Es el diario de las operaciones de sondeo en Camp Orville.

A las ocho y media en punto llamo a una puerta. Un hombre, recio, fornido, de mirada enérgica y mandíbula saliente, me contempla con curiosidad.

—¿Duck Miller? —pregunto.

—Sí, señor...

—Bell, Jimmy Bell... Deseo hablar con usted, señor Miller.

Dentro de la casa suena una voz femenina:

—¿Quién es, Duckie?

—Mi esposa —murmura el hombre. Luego alza el tono—: Un conocido —explica sucintamente.

Se echa a un lado.

—Yo he oído hablar de usted, señor Bell —dice Miller.

—Seguro, por los diarios —sonrío, ya dentro de la casa, modesta pero arreglada y de buena apariencia.

—No, por otra cosa y usted lo sabe. ¿Qué me propone, señor Bell?

—Quiero que vuelva a Camp Orville.

Miller parpadea.

—Es perder el tiempo —dice.

—Vuelva —insisto.

—Repito que...

—Duck, ¿cuál es su salario? —pregunto.

—Depende. El viejo Stan me pagaba cincuenta diarios.

—Sesenta, por diez días, máximo, y empieza a trabajar ahora mismo. —Saco un rollo de billetes—. Le pagaré por adelantado, Duck.

Miller me contempla pensativamente.

—Va a tirar seiscientos dólares —dice.

—Usted los recogerá, ¿no?

—Está bien. —De pronto, Miller se echa a reír—. Admiro su fe, Jimmy, aunque también he oído hablar de su ojo clínico.

—La gente exagera, Duck.

La señora Miller aparece con una bandeja en la mano. Es algo mayor que yo, casi tan fornida como su esposo, pero muy simpática.

—Pensé que necesitarían una taza de café —dice—. Señor Bell, Duck ha hablado de usted en más de una ocasión. Siempre dijo que le gustaría trabajar a su lado.

—A eso he venido, señora.

—¿Te ha contratado, Duck?

—Por diez días, Elsa —responde el experto en maquinaria de perforaciones petrolíferas—. Pero necesitaré un ayudante, Jimmy.

—¿Cuánto?

—Veinticinco diarios.

Cuento doscientos cincuenta más y añado otros cincuenta.

—Para municiones de boca —indico—. Mañana llevaré allí una camioneta con combustible para el generador. Duck, ¿cuándo podrá ponerse en marcha?

—En cuanto termine el café, iré a buscar al ayudante.

—Muy bien. —Vacío mi taza—. Señora Miller, me alegro muchísimo haberla conocido —me despido.

Salgo a la calle. Camino cien metros y encuentro un puesto de periódicos. Compró el matutino más importante y lo despliego.

Entonces, un titular, en primera plana, con letras de cinco centímetros, golpea violentamente mis retinas:

Mujer asesinada. El cadáver de Bibi Melville aparece en un callejón, con una cuerda al cuello.

Entro en un bar cualquiera y pido una copa, pese a lo temprano de la hora. Leo más detalles. El lugar donde Bibi fue estrangulada, al parecer, por un maníaco sexual, estaba a menos de doscientos metros de su casa.

Bibi apareció con las ropas desgarradas. No se sabe todavía si

hubo violación previa al crimen. Pero el periodista opina que puede ser que se trate de un robo, enmascarado bajo un supuesto delito sexual, ya que el bolso de la víctima no ha aparecido.

Trato de establecer la relación entre la muerte de Bibi y la llamada telefónica de Carpenter. ¿Fue este quien la atrajo a una encerrona?

Me parece que todavía me faltan muchas cosas por averiguar del tal Carpenter. Quizá Bill, el *barman del Sandy's*, pueda darme informes.

—No, aquí no ha venido jamás ese tipo —dice una hora más tarde—. No le conozco ni tengo la menor idea de quién pueda ser.

Abandono el Sandy's muy defraudado. Empiezo a maldecir la idea que he tenido de venir a la ciudad para buscar venganza. En lugar de venganza, me he encontrado con una serie de jaleos que no parece tener fin.

Y todo ello sin contar con las amargas semanas que pasé, dando vueltas de un lado para otro, desempeñando los más abyectos oficios y muriéndome de hambre.

Se me ocurre que lo mejor que puedo hacer es conversar de nuevo con Carpenter.

Me recibe la misma secretaria, una joven de mirada vacua y pelo de rata. Cuando le expreso mis deseos, abandona su mesa y pasa al despacho contiguo. Regresa muy pronto.

—El señor Carpenter le recibirá inmediatamente, señor Bell.

—Gracias, señorita.

Carpenter se pone en pie.

—Dígame qué puedo hacer en su obsequio —declara, untuosamente.

—Usted es el director de la Prospectors Allied.

—Creí que ya lo sabía —contesta.

—Pero, en cambio, ignoro cuáles son sus intereses en la propiedad de Stan Orville.

—Ninguno. En absoluto. Mi empresa tiene intereses en otra parte.

Muevo la mano.

—Este despacho, ¿es propio de una compañía que se dedica a prospecciones petrolíferas?

—¿Quién le ha dicho que nos dediquemos a buscar petróleo,

señor Bell?

La pregunta me deja parado.

—Yo creí que...

—Está equivocado —dice Carpenter, fríamente—. Nos dedicamos a la prospección de mercados.

Ahora sí que me quedo de piedra.

—Sospecho que he sufrido una terrible equivocación —digo.

Carpenter sonreía comprensivamente.

—Todos podemos equivocarnos —contesta—. Y además, si me lo permite, continuaré mi trabajo, señor Bell. Tengo el tiempo tasado, créame.

Abandono la estancia. Esta vez, si Carpenter va a anunciar mi visita a otra persona, no podré escucharle. La secretaria sigue en su sitio.

Vuelvo a la calle. Las respuestas de Carpenter, por supuesto, no me han convencido en absoluto. No he querido despertar sus recelos, mencionándole la llamada a Bibi *la Gorda*, pero entonces pienso que podría hacer algo muy interesante.

Busco una cabina telefónica y examino la guía. Así me entero del domicilio privado de Carpenter.

Media hora más tarde, estoy forcejeando con la puerta. Al fin consigo abrir. Entro y empiezo a registrar el apartamento a conciencia.

Me cuesta tres horas, segundo a segundo. Al fin, encuentro algo que me da una pista muy clara.

Es un cuaderno de tapas de hule negras, no muy grande. Está lleno de direcciones. La letra, inconfundible, es de Bibi.

Todavía encuentro algo más: un bolso que, seguramente, no ha sido destruido por falta de tiempo.

Me imagino lo sucedido. Carpenter salió y regresó a su casa con el tiempo justo, para cometer su crimen. Es muy probable, además, que telefonease a Bibi desde una cabina pública, no demasiado lejos del callejón donde la asesinó.

Al cabo de unos minutos, dejo todo como estaba. Salgo a la calle y, anónimamente, por supuesto, llamo a la policía.

CAPÍTULO XI

Carpenter ha sido arrestado, bajo la acusación de homicidio premeditado. Lo he visto salir de su oficina, entre dos agentes de uniforme. El hombre estaba completamente desmoralizado. No debe de imaginarse siquiera cómo han averiguado tan pronto que él era el asesino de Bibi.

Cuando veo que se lo llevan, me encamino a casa de Susie. La chica me recibe un tanto hostilmente.

—Ponga cara alegre —le digo—. Tengo buenas noticias para usted.

—Si eso es cierto...

—Lo es. Ya hay dos hombres trabajando en Camp Orville. Susie da un respingo.

—Jimmy, no se burle de mí —exclama.

—Hablo completamente en serio. Es más, le diré que he contratado al técnico que dirigía los sondeos cuando vivía su tío.

—¡Caramba, me deja usted de una pieza! ¿Dónde lo ha encontrado?

—En su casa, como es lógico. Oiga, ¿no me merezco siquiera una taza de café?

—Se merece algo mejor: una copa. Pero, cuénteme, ¿cómo lo ha conseguido?

—¡Oh! —digo, displicente—, buscando por ahí.

Susie me mira, con la botella y la copa en las manos.

—Eso cuesta dinero, Jimmy.

—Sí. Ochenta y cinco dólares diarios.

—Tengo algunos ahorros. Le ayudaré.

—Permítame que lo considere como una inversión. Ah, ¿puedo hacer una llamada telefónica?

—Claro.

Tomo un sorbo y me acerco al teléfono. Momentos después, oigo

una voz:

—Residencia del señor Morley. ¿Qué desea?

—Hablar en persona con el abogado. Soy Jimmy Bell.

—Un momento, señor Bell, por favor...

Al cabo de unos segundos oigo a Morley. Su tono de voz parece brotar de un bloque de hielo.

—¿Sí?

—Abogado, ¿puedo saber si se va a encargar de defender a Holman Carpenter?

Morley guarda silencio unos segundos. Luego responde:

—El señor Carpenter, a quien no tengo el gusto de conocer, no ha manifestado hasta ahora sus deseos de que yo sea su abogado defensor, por el homicidio de que se le acusa.

—Oiga, si no conoce a Carpenter, ¿cómo sabe que ha cometido un crimen?

—Suelo leer los periódicos, señor Bell. ¡Buenas noches!

Oigo un «click». Dejo el teléfono sobre la horquilla.

—Esto marcha, Bibi —digo, frotándome las manos.

—¿Qué es lo que marcha, Jimmy? ¿Por qué no quiere ser un poco más claro conmigo?

—Aguarde un momento.

Uso el teléfono de nuevo. Una mujer pregunta mi nombre. Se lo digo y añado que quiero hablar con la señora Cole. Nita accede muy pronto.

—¿Hay noticias, Jimmy?

—Sí. Ella no quiere vender.

—¡Cerdo!

—No has olvidado tus modales, ¿verdad?

—Hijo de...

—Lo sé, pero olvídalo. Además, ¿de dónde ibas a sacar los doscientos mil?

—Especie de bastardo —grita ella.

—Nita, tu doncella te oye.

—¡Al diablo con la doncella! Me has estafado...

Yo me echo a reír.

—¿Quién quería estafar a quién? Si la señorita Orville hubiese aceptado el trato, habría recibido un cheque sin fondos.

—Tengo dinero en el Banco...

—No mientas, Nita. Estás arruinada, lo mismo que tu esposo.

Hay una corta pausa.

—¿Cómo lo has sabido, Jimmy? —Rompe ella el silencio.

—Husmeando por aquí y por allá. Sospecho que hubieras entregado el cheque a Susan Orville, a cambio de los títulos de propiedad, para luego vender la propiedad, con una ganancia mucho mayor, a otro comprador. Tal vez, entonces, habrías evitado una denuncia por extender un cheque sin fondos, reponiendo los de tu cuenta. Pero no es seguro, porque también hubiera podido ocurrir que, tras la venta, te hubieras largado del país, con tu complaciente esposo. ¿Qué iban a pagarte por el negocio, Nita? ¿Un millón?

—Creo que debemos dar por terminadas nuestras relaciones, Jimmy —dice ella heladamente.

—Como quieras, pero, si te interesa, debes saber que se han reanudado los trabajos de perforación en Camp Orville. Adiós, Nita.

Cuelgo el teléfono y me vuelvo hacia Susie.

—¿Es cierto todo lo que he oído? —pregunta.

—Sí.

—A ella no se lo ha querido decir. ¿Me lo dirá a mí?

—Sí. Ciertos informes me fueron facilitados por una mujer que murió anoche, estrangulada en un callejón. Los Cole son ahora solo fachada. Están arruinados.

—Me pregunto por qué no vinieron directamente a hacer el trato conmigo —dice Susie.

—Es bien sencillo. Necesitaban no solo un intermediario neutral, sino que fuese entendido en la materia.

—Usted.

—Sí.

—Ingeniero, geólogo... y ¿qué más, Jimmy?

—Ansioso de venganza en tiempos no muy lejanos.

—Pero ya se le ha pasado.

—Sí, Susie, se ha pasado.

Ella me mira de un modo especial.

—Si yo estuviese en su lugar, me vengaría de los Orville —dice.

—¿Vengarme en usted?

—Exactamente.

—Bueno, dígame el modo...

—Adivínalo, tonto.

Yo sonrío.

Doy un paso, dos... La abrazo. Ella se aprieta fuertemente contra mi cuerpo.

—Ejecuta tu venganza —suspira.

—Alguien dijo una vez que la venganza es el placer de los dioses, sobre todo, cuando se realiza en esta forma —murmuro, mientras le mordisqueo el labio inferior.

Por la mañana, me levanto el primero y, después de poner la cafetera en marcha, voy al baño. Cuando salgo, Susie duerme aún, boca abajo, abrazada a la almohada.

Las curvas de sus caderas se marcan reveladoramente bajo la sábana. Dudo un momento en el método de despertarla, levanto la mano y, al fin, empiezo por tirar de la almohada.

—No te vayas, Jimmy —murmura entre sueños.

—No hay más que un Jimmy y está en pie —digo. Tiro de la sábana y me decido por el pellizco en la carne sonrosada. Entonces ella, sobresaltada, da la vuelta, se sienta y se cubre pudorosamente el pecho.

—Canalla —grita.

—El café estará muy pronto. Date prisa; tenemos que marcharnos —digo, mientras voy a hacia la puerta del dormitorio.

—¿Adónde, Jimmy?

—A Camp Orville. Eres la dueña de ese terreno y debes inspeccionar la marcha de los trabajos.

Envuelta en la sábana, ella abandona la cama y corre al cuarto de baño. Cuando sale, cubierto el esbelto cuerpo con una bata corta, le tiendo una taza de café.

—Jimmy, ¿cuánto costarán los trabajos de perforación? —pregunta, después de tomar unos sorbos.

—Si mis cálculos no son errados, novecientos dólares.

—Lo que has pagado a Miller y su ayudante, más el importe de las provisiones.

—Exactamente.

—¿Quieres decir que encontrarán petróleo antes de que pasen los días contratados?

—Quiero decir que los trabajos terminarán en diez días, como máximo.

—¡Oh!; así pues, el hallazgo de petróleo no es seguro.

—¿Por qué no te arreglas? Tenemos prisa, Susie.

—Jimmy, tú me ocultas algo...

—Anda, vamos, empieza a vestirme de una vez.

Ella hace un gesto de resignación y se levanta. Al cabo de unos minutos sale fresca como una rosa, con blusa amarilla y pantalones del mismo color. Le doy una palmada un poco más abajo del cinturón y suelta una risita.

—Tipo fresco.

—El panorama, ¡es tan tentador! —suspiro.

Bajamos al estacionamiento subterráneo. Yo me siento tras el volante. Hago arrancar el motor, sitúo la palanca en el lugar adecuado y piso el acelerador.

Esta vez nos damos prisa. Las veinte millas que hay hasta Camp Orville se recorren en menos de treinta minutos. Cuando llegamos, vemos el lugar en plena actividad.

El ayudante está en la torre, engrasando algunos mecanismos. Miller, con su casco, sale a recibirnos.

—Ella es Susie Orville, la dueña —le presento—. Susie, Duck Miller, el encargado.

—Hola —dice la chica.

—Encantado —saluda Miller—. Todo bien, señor Bell —se vuelve hacia mí—. Lo que más costó fue revisar el generador, pero ayer por la tarde ya arrancó satisfactoriamente.

—¿Hay combustible? —pregunto.

—Para un día o dos...

—Mañana llegará una camioneta con más combustible. Duck ¿leyó usted alguna vez el libro de operaciones del señor Orville?

—No, eso era cuestión suya y del ingeniero que había contratado. Yo me limitaba a dirigir la parte técnica, de acuerdo con las instrucciones que recibía. Además, ni siquiera sabía que existiese ese libro...

—El ingeniero, Robert Dawson, era un hombre competente y, sobre todo, muy metódico. Pero, me imagino, también que muy reservado.

—Sí, apenas hablaba con nosotros. Era como un poste: alto, serio, estirado... Un buen día, inesperadamente, se peleó con el difunto señor Orville y lo dejó plantado —contesta Miller—. Se

marchó y, a los pocos días, se suspendieron los trabajos. ¿Por qué lo haría, Jimmy?

Me vuelvo hacia la muchacha.

—Lo siento, pero tengo que darte una mala noticia: en este terreno no hay ni habrá petróleo. Dawson se marchó porque se dio cuenta de la estafa que planeaba tu tío —declaro.

Los hombros de Susie se abaten.

—Entonces... no poseo nada de valor...

—Tanto como eso —digo, socarrón—. Duck, que siga todo como hasta ahora. No detengan la perforadora un solo instante.

—Bien, señor. —Miller extiende el brazo hacia el camino—. Me parece que tienen visita —añade.

CAPÍTULO XII

Un coche llega por el camino, dejando tras sí una enorme estela de polvo. Me parece apreciar un segundo vehículo mucho más lejos, pero no me detengo a comprobarlo.

—Susie, adentro, a la casa —ordenó.

Ella obedece, muy aprensiva. Yo entro también, pero vuelvo a salir a los pocos instantes, con el rifle del difunto Orville en la mano. Cruzo la explanada y me acerco a la torre. El rifle queda apoyado, por la parte de dentro, en una de las patas sustentadoras de la estructura. No se ve, pero puedo alcanzarlo en el acto, si es necesario.

El coche se detiene a los pocos momentos. Anita y su complaciente esposo se apean cerca de la torre. El ayudante, arriba, les contempla con aire especulativo. Miller está cerca del generador, vigilando su buen funcionamiento.

—¡Hola, Jimmy! —me saluda Nita—. Has puesto en marcha el asunto.

—Ya lo ves. Hay probabilidades de éxito.

—El viejo Orville nos debía veinte mil dólares. Queremos nuestra parte.

—¡Ah, ahora quieres una parte, en lugar del total! ¿Qué pasa, ya no entra Morley en el asunto?

El rostro de Nita se envara.

—Morley está en la cárcel —dice—. Tú lo sabías, ¿no?

—Me lo imaginaba. Supongo que Carpenter, asustadísimo, se ha decidido a cantar. También creo que el asesino de Downen ha debido de «rajarse».

—Nosotros no tuvimos que ver con estos crímenes —interviene Cole—. Nuestro trabajo se reducía a intentar la compra de los terrenos.

—Por encargo de Morley.

—Lo admitimos, pero nada más. Sí, hubiéramos estafado a la heredera de Orville; pero ¿no nos estafó él antes?

—Morley no quería que su nombre saliese a relucir, es obvio. Pero ¿cuál fue la cota a que les permitía llegar, caso de realizarse la operación?

—Millón y medio —dice Nita de mala gana.

—Claro. Doscientos mil, en un cheque sin fondos...

—Hubiéramos pagado. Estábamos dispuestos a ello —protesta, muy excitada.

—Bueno, démoslo por supuesto. Morley les autorizó a dar hasta millón y medio, pero, al mismo tiempo, él también era intermediario de otra empresa. Lo que sucede es que todo el mundo quiso ahorrarse dinero. Y así empezaron los crímenes.

—¡Morley era un tramposo! —se sulfura Cole—. Nos usaba como muñecos... pero, por otra parte, ordenaba esos asesinatos. El de McCoy, el de Bronstone, el de Pete Crane, por «chivato», el de Rossiter... ¡Tenía comprados a todos!

—Solo que Carpenter se pasó de la raya, en un negocio que quería para él solo, y se asustó, cuando se vio entre rejas, y lo dijo todo. El negocio a que me refiero era el de Bibi Melville.

—De eso no sabemos nada en absoluto —declara Nita, tajante—. A decir verdad, Orville debía dinero a medio mundo: Bronstone, Rossiter... Había firmado pagarés como quien firma autógrafos porque es famoso. Morley no quería competidores.

Con el rabillo del ojo, veo el segundo automóvil, que ya está a cosa de una milla de distancia. Calculo que tardará todavía un par de minutos en llegar aquí.

—Nita, señor Cole, a su debido tiempo, recobrarán el dinero que prestaron al difunto señor Orville —aseguro—. Pero no cuenten con formar parte de esta sociedad.

—Tenemos acciones...

—No valen ni el papel en que están impresas. ¿Se han parado siquiera a considerar el reglamento de la sociedad que fundó Orville?

—¡Claro! —dice Cole—. Es una empresa dedicada a prospecciones petrolíferas... El mismo nombre lo indica: Orville Petroleum Corporation.

—En ese reglamento figura también el lugar donde van a

realizarse las perforaciones, ¿verdad?

—Por supuesto. Está descrito con todo detalle...

—Cierto, está muy bien descrito, pero no es este rancho donde deberían hacerse esos sondeos. Orville compró un trozo de desierto, situado a dos millas de distancia hacia el norte. Cuando gusten, pueden ir allí y realizar todas las perforaciones que gusten. La OPC les autoriza a que lo hagan, por su cuenta, naturalmente.

Nita y su esposo se quedan con la boca abierta.

—E... es un engaño —dice ella.

—Cuando gustes, consulta el Registro de la Propiedad —contesto tranquilamente—. El terreno realmente perteneciente a la OPC es el segundo, fuera de los límites de este rancho.

—Entonces, ¿qué diablos hace aquí esta torre? —grita Cole descompuestamente.

—Perfora el suelo, por supuesto —digo, con la mejor de mis sonrisas—. Pero creo que aquí viene la persona que nos va a explicar todo con absoluta claridad.

El segundo coche se detiene. Las portezuelas se abren. Perla Star y Kenny Foyle se apean y caminan hacia nosotros.

Perla se detiene a tres pasos y pone una de sus manos en la cadera, a la vez que adelanta la pierna belicosamente. Sus gafas son ahora de color, pero bajo los cristales se adivina una mirada dura, implacable.

—Me gustaría saber cómo te has enterado, Jimmy —dice.

—Ah, de modo que ya supones que lo sé —respondo.

—A estas alturas, resultaría inútil negar la evidencia.

—Sobre todo, cuando traes al lado al hombre que te «amenazó».

Foyle da un paso, pero ella le detiene, levantando la mano.

—Quieto, Kenny. Deja que yo me encargue del asunto. Vamos, habla de una vez, Jimmy.

—Está bien. Tu nombre figuraba en la libreta de Bibi Melville. Era una mujer muy cuidadosa de su clientela. A decir, en la libreta no solo anotaba los nombres de las chicas, direcciones y teléfonos, sino también las fechas de cada cita y el nombre del cliente. Tu nombre y el de Kenny figuraban juntos muchísimas veces. Parece que os teníais simpatía, ¿verdad?

Los labios de Perla se contraen.

—Maldita zorra... No sabes cómo me alegro de que esté en el

infierno —exclama, loca de ira.

—A su modo, era una mujer excelente. Ella fue la que me contó la extraña afición que sentía Kenny por ti. A mí me extrañó mucho, más que la amenaza o el soborno, perfectamente posible, el hecho de que te mostrases tan tierna conmigo desde el principio. Empecé a sospechar cuando Foyle reclamó al señor Cole, aquí presente, cinco mil dólares de una deuda de juego.

—Hizo trampas —dice Cole, furioso.

—No lo puede probar, de modo que tendrá que pagarle, si firmó algún recibo —declaro—. Pero, precisamente, porque Kenny y Perla eran ya amantes y debido al puesto que ella ocupa en el Registro, se enteraron del asunto del petróleo. Kenny, White y Manton trabajan para usted. Forman parte de la mesa de juego, cuando pica algún tonto. Usted, Kenny, fue el que inició la cadena de crímenes, con el asesinato de Ed McCoy, para hacer que Bronstone y Rossiter entablasen una guerra, de la que solo podía salir la eliminación de los dos bandos. Esos dos desgraciados, picaron también en el anzuelo. Perla, debido a su posición, sabía que se interesaban por los terrenos de Orville, quien había pedido dinero prestado a ambos.

»Perla, la descripción de los terrenos que usted me dio corresponde a la propiedad que hay a dos millas al norte y no a este rancho. Lo he comprobado en el Registro, con la ayuda de otro empleado, quien se mostró dispuesto a cooperar. ¿Sabe por qué me ayudó Dave Ernest?

—No. Dígamelo.

—Dave se moría por sus pedazos y usted lo desdeñaba siempre. Los celos son un mal enemigo.

—Es un tipo insignificante, una rata...

—Como sea, pero él me ayudó mucho. Y siguiendo con el relato, diré que fue Kenny el que liquidó a McCoy. Lo demás, casi, vino por sus pasos contados, teniendo en cuenta que Morley también quería estos terrenos. Carpenter era su hombre de confianza, el hombre de paja de la PROSPECTORS ALLIED, la sociedad fundada especialmente para este caso. Pero Morley no supo estimar bien las posibilidades de Carpenter, quien pensó que el negocio de Bibi era menos productivo, aunque más rentable a la larga. Carpenter quitó de en medio a Bibi, ya que le había propuesto que se asociara con

él, pero Bibi lo había enviado al cuerno. Carpenter, por tanto, se sentía despedido, lo mismo que Ernest contigo, Perla.

—Bell, de todos modos, usted no podrá probar nada —dice Foyle, retador.

Yo sonrío.

—Ahora, en este momento, no; pero sí lo probará la policía cuando compare las tres balas que se encontraron en el cuerpo de Ed McCoy, con las del revólver que lleva bajo la chaqueta. A usted no le han molestado en absoluto. ¿Cómo le iban a molestar, si lo que menos podían suponer era que un tahúr se dedicase a matar a la gente?

Foyle palidece.

—Sí, esa muerte, la de McCoy, desencadenó esa especie de guerra, incluido el asesinato de Rossiter con la bomba. Morley «compró» a Will Earl y le hizo llevar la caja de habanos con el explosivo. Carpenter fue el que preparó la bomba y lo ha declarado. En cuanto al asesino de Downen, también ha hablado. Downen había matado a Bronstone, por encargo de Morley y a este no le convenía que hablase. ¿Saben? Cuando Downen subía la escalinata del Palacio de Justicia, alguien gritó y Downen volvió la cabeza, a fin de que el asesino tuviese mejor blanco para su fusil. Ese alguien fue Carpenter... pero esto importa poco ahora. Lo interesante es la muerte de McCoy.

Foyle lanza un rugido. De pronto, saca su pistola.

—No lo repetirá a nadie —dice a voz en cuello.

Los Cole huyen despavoridos. Foyle se desconcierta. Es obvio que se da cuenta de su situación desesperada. Lo que yo he dicho ha sido escuchado por más de una persona.

Foyle vacila. Bruscamente, Perla, con las facciones de un demonio, se le arroja encima y trata de quitarle el arma.

—¡Dame esa pistola! —chilla—. Yo misma le...

Foyle se resiste instintivamente. Suena un estampido. Perla salta hacia atrás, con una mancha roja en el pecho, entre los senos. Cae de espaldas.

Yo me agazapo tras el poste y asomo el viejo «Winchester».

—¡Kenny, tire el arma! —ordeno.

El tahúr obedece, desconcertado por lo ocurrido.

—Yo no quería... La pistola se ha disparado... —Solloza.

A lo lejos se oye el aullido de una sirena policial. De pronto, suena un bramido que procede del subsuelo.

Miller lanza un grito de aviso:

—¡Vince, baja, rápido!

El ayudante se descuelga por la escalera, mientras el rugido sube y sube... De súbito, un chorro oscuro, de enorme potencia, sube a lo alto y se extiende luego como una palmera.

Nita y su esposo contemplan el espectáculo, con ojos maravillados, olvidados por el momento de lo sucedido. Yo me aparto de la torre.

El coche de la policía llega. Cuatro hombres, dos de uniforme, se apean en el acto.

—¡Caramba! —dice uno de ellos—. Es la primera vez que asisto a un hallazgo de petróleo.

Dos de sus compañeros se llevan el inerte cuerpo de Perla Star. Susie ha salido a la puerta de la casa. Miller y el ayudante miran hacia la torre con ojos satisfechos.

El líquido que sale se aclara por momentos. Un minuto más tarde, es completamente cristalino.

Me acerco a Perla. Aún vive.

—No había petróleo, sino agua —le digo.

Ella trata de hablar, pero, de repente, su cabeza se dobla a un lado. Un poco más allá, Kenny Foyle está vigilado por un guardia, con las manos a la espalda.

El teniente Bray se me acerca.

—Ha sido una buena labor —dice.

Hago un gesto con la cabeza. Luego me acerco a los Cole.

—Los documentos que firmó Orville se refieren al otro trozo de terreno —digo—. Pueden presentar sus reclamaciones sobre esa base. Incluso tendrán derecho a embargarlo. Pero sospecho que no encontrarán más que agua y tú, Nita, me parece que no tienes alma de granjera, ¿verdad?

La Ariete suelta un bufido. Luego da media vuelta y se encamina con paso vivo hacia su coche.

Cole, su esposo, me dirige una mirada melancólica.

—Déjese usted poner los cuernos para nada —suspira.

—Yo no llegué a ponérselos, Mark —contesto.

El hombre se dirige, hacia el coche. Pero Nita arranca y lo deja

plantado. Cole grita, la llama... Todo en vano. Le miro con desprecio, mientras el manantial sigue brotando incesantemente y empapando la tierra. Se lo tiene bien merecido, pienso.

Me acerco a la casa.

—Tú lo sabías —dice Susie, acusadora.

—¿Lo lamentas?

Duda unos instantes. Luego, sus ojos se fijan en el chorro de agua que brota de las entrañas de la tierra.

—Si el manantial no se agota...

—No se agotará. Soy experto en la materia —digo.

—Entonces, dentro de pocos años, esto puede ser un paraíso.

Yo sonrió.

—Lo será, Susie —afirmo.

Paseo la vista a mi alrededor. Esa calcinada llanura, con agua, puede, en efecto, cambiar de aspecto radicalmente en muy pocos años.

—Has conseguido tu venganza, Jimmy —dice ella, alargándome la mano.

—Me parece que he conseguido algo mejor —contesto.

El teniente Bray se nos acerca.

—Vayan luego por Jefatura —solicita.

—Descuide —respondo.

Los policías, a excepción de uno que se queda con el cadáver de Perla, hasta que llegue la ambulancia, se marchan con el prisionero. Miller y su ayudante se nos acercan.

—Usted sabía que no podría haber aquí petróleo —dice Miller.

—Las anotaciones del libro son bien explícitas: no hay el menor rastro de esquistos bituminosos. Las pruebas de todas clases, magnéticas, gravimétricas, eléctricas, incluso las sísmicas por medio de explosivos, dieron resultados absolutamente negativos, excepto para el estrato poroso que hay inmediatamente encima del rocoso, que es el que mantiene la impermeabilidad y permite el fluir de la corriente subterránea. El ingeniero Dawson fue muy meticuloso y debemos bendecirle desde aquí, esté donde esté.

Miller asiente. Yo paso mi mano por la cintura de Susie.

—Todavía les necesitaremos unos días —añado.

—Sí, hay que hacer muchas cosas —concuerta Miller—. Vamos, Vince.

Los dos hombres se alejan. Yo beso a Susie en la mejilla.

—Tengo que ayudarles —digo.

—Jimmy, recuerda que los Orville deben algo a los Bell —sonríe ella encantadoramente.

—Tenemos toda una vida por delante para cancelar esa deuda —contesto.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

siempre en primera línea cuando se trata de ofrecer a los numerosos lectores que la honran con su adhesión los temas de mayor actualidad,

PRESENTA LA NUEVA SERIE TITULADA:

¡KIAI!

HÉROES DE LAS ARTES MARCIALES

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de su peculiar filosofía, luchan esforzadamente por el

BIEN Y LA JUSTICIA

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

Precio en España: 25 ptas.

